

SUSCRICION EN MADRID

POR UN MES... 4 RS.  
 POR TRES MESES... 10  
 POR UN AÑO... 40

# LA SEMANA,

PERIODICO PINTORESCO UNIVERSAL.

SUSCRICION EN PROVINCIA

POR TRES MESES... 12 RS.  
 POR SEIS MESES... 24  
 POR UN AÑO... 50

KERRY-MOYAMEA (1).

(Conclusion.)

Habiendo consentido el general en la paz, los salvajes presentaron sus prisioneros, y Kiashuta, sagamora de los sennecas, tomó la palabra.

—Padre de los guerreros blancos, dijo, conforme á nuestras promesas, te entregamos tu carne y tu sangre. Algunos de estos prisioneros, como tú los llamas, están unidos con nosotros hace largo tiempo por los vínculos de la adopción; aunque te se devuelven, esos lazos no se han roto: siempre los consideraremos como nuestros parientes y amigos. Hemos tenido con ellos el mismo cuidado y consideraciones que si fuesen de nuestra carne y de nuestra sangre. Hélos ahí, pregúntalos sino se han calentado á nuestra lumbre, sino han comido de nuestras calderas, y si no se han acostado en nuestras pieles de oso: que respondan. ¿Oyes lo que te dicen?... Ten, pues, indulgencia con ellos, por que han olvidado tus costumbres y tus usos, y algunos hasta tu lenguaje. Van á regresar á su país en donde tal vez ya no tienen

habian olvidado su lengua materna, se abrazaban al cuello de sus padres adoptivos dando gritos lastimeros, y fué necesario emplear la fuerza para arrancarlos de ellos. Moyamea estaba desesperada, y cuando Custaloga la presentó al general, el sagamora se atrevió á decirle mirándole con altivez:

—Está seguro de que ha sido necesario la victoria de Bushyrum, para obligarme al sacrificio que ahora hago.

No solo fueron los niños los que sintieron dejar su nueva patria, y he aquí un corto extracto de una carta de F. Hazen, ayudante de campo del general Bouquet que lo confirma.

«Os causaría mucho asombro, dice, si os repitiese aquí todo lo que he oído decir á los prisioneros, con respecto á la felicidad de que disfrutaban entre los salvajes. Uno de los gefes shawaneses confesó al general, que se habia visto obligado á atar á muchos antes de llegar al campamento. Apesar de la vigilancia de los oficiales y soldados, cuarenta y siete de aquellos hombres, á quienes creimos hacer el mayor servicio, volvieron á reunirse con sus compatriotas: y lo que todavía os parecerá mas maravilloso, es, que las mugeres, retenidas por su debilidad, deploraban

un poco del campamento, para pasear sus sombrías ilusiones por las orillas del Muskingum. Solo un día no se alejó del campo, y fué el que el ejército se detuvo á orillas del Tuskarawayr. Se observó tambien, que solo aquel día dejó su traje delaware para vestirse á la europea, aunque el general la habia entregado desde el primer día una maleta que la enviaban sus padres, y que contenia muchos trages completos.

Sentada una noche á la orilla del Ohio, que acababa de atravesar el ejército, procuraba María traer á su memoria los recuerdos de su primera infancia, y olvidar los de los bosques. Las sombras de la noche comenzaban á cubrir el río, cuando un grito extraño hizo estremecer á la pobre jóven. No sé como deciros que aquel grito no era el gruñido del oso negro, ni el aullido del lobo, ni el grito fúnebre del mochuelo, sino el graznido de un pato. Moyamea volvió vivamente la cabeza hacia unos myricas (1) grosellas y frambuesas, cuyas flores y frutas perfumaban la brisa de la noche; pero nada vió. Se levantaba tristemente para volverse al campo, cuando una voz bien conocida hirió sus oídos, y entonces escuchó con toda la atención de que era capaz; porque la voz se confundía algunas veces con el ruido de los cañaverales agitados por el viento, y no llegaba hasta ella de una manera clara. Murmuraba con un aire triste y bastante monotonó, las palabras siguientes:

«¿Moyamea en dónde estas?... ¿no puedes oír la voz de Garakoutié tu hermano y amigo? (2)

«El umbral de tu puerta ha sido arrancado y tu lumbre apagada! Mas á quién hablo, pues ya no estás junto á mí para oír mis palabras?... ¿Si pudiese llegar hasta tí mi voz, y la tuya, como la del eco, hasta mí? Qué oigo.... no es mas que el ruido del viento que pasa, ó el de la cascada que va á morir en los vecinos bosques. Nada dice á los oídos de mi atento espíritu. Todavía oigo.... no es mas que el ruido del pico verde, que golpea en el tronco de un árbol seco, ó el de la ortega que (3) llama á su compañera agitando las alas. Sin embargo, quiero conversar con la amiga que vive en mi pensamiento, y cuya imagen ven los ojos de mi espíritu. Hablaré conmigo mismo, pues que el campo de los blancos, te oculta á mi vista, como la mole de una montaña, y como las heladas del invierno, tu ausencia ha cerrado mi boca.

«¿Moyamea, en dónde estás? ¿No puedes oír la voz de Garakoutié tu hermano y tu amigo?...

«Cuando pienso en tí, se alarga mi brazo, y mi mano se abre para encontrar y estrechar la tuya; mas ¡ay! no agarro ni aun el viento que se desliza por entre mis dedos.... durante la claridad del día te busco y no te encuentro: tu sombra me ha abandonado. Durante el silencio de las noches, mi espíritu piensa en tí, y como la superficie de las aguas, refleja tu presencia. ¡Cuán desgraciado soy! mis flechas no tocan ya á la caza, y el pescado pasa y no tropieza en el anzuelo de Garakoutié. Me pongo en la boca el oppoygan, pero lo mismo que las aguas del arroyuelo dejan de ser buenas y dulces cuando las detiene el dique del castor, del mismo mis pensamientos que tu ausencia retiene en el fondo de mi corazón, se vuelven tristes y lúgubres. Ando dando vueltas de día y de noche en derredor del campo, y no te veo: no percibo mas que á mí mismo sentado en medio de los cañaverales, sobre el banco de ciprés calvo (4): te hablo y no me oyes....

«Moyamea, ¿en dónde estas? ¿no puedes oír la voz de Garakoutié, tu hermano y amigo?

«Desde tu partida, mi rostro está sombrío como el agua que corre por debajo de negros abetos: mi espíritu se estravia en medio de las tinieblas, como el cazador en medio de los bosques (5): el silencio cierra mi

amigos, y abandonan el nuestro, en donde no les faltaban. ¿Qué harán entonces?... Echarán de menos el país, á que tú has venido desde tan lejos á obligarnos á que te los entreguemos. Trátalos, pues, con bondad, te lo rogamos: eso será quizá lo que les decida á permanecer entre tu gente. Toma, hé aquí una rama de wampum azul y blanco, para que mis palabras estén siempre presentes en tu espíritu, y no te olvides de enviarlas á sus parientes y amigos, si tienen todavía algunos en su antigua patria.

Entregados todos los prisioneros y aceptadas las condiciones del tratado, el general resolvió apagar el fuego del consejo. En consecuencia, acompañado de sus oficiales y de su música militar entró en la sala de las conferencias: por última vez dió la mano á los gefes, y fumó con ellos en el gran oppoygan de paz, y cada uno se preparó á volver á su país.

Entonces se vió una cosa tan extraordinaria como imprevista. Despues de la victoria de Bushyrum, un gran número de colonos que habian podido librarse del furor de los salvajes, habian seguido al ejército del general Bouquet esperando encontrar entre los prisioneros algunos parientes suyos, como sucedió en efecto, y produjo escenas muy patéticas. Los mismos salvajes, olvidando sus opiniones y su ferocidad ordinaria, entregaron los niños que habian adoptado con la mayor repugnancia y derramando abundantes lágrimas. Aquellas pobres criaturas, muchas de las cuales

como los hombres, la desgraciada suerte que las separaba de las aldeas salvajes.»

En vano Moyamea, cuando Custaloga la entregó al general Bouquet, dirigió la vista al grupo de guerreros delaware que se despedía de ella: no vió á Garakoutié, y creyó que su hermano era el primero que la habia abandonado. Se la oprimió el corazón, y dos torrentes de lágrimas, contenidas hasta entonces con esfuerzo, brotaron de sus ojos. El general la tomó de la mano y procuró consolarla.

—Caballero, le dijo María, conducidme al lado de sir William mi padre.

—Miss María, vuestro padre me ha encargado que os lleve á Carlisle, porque sus negocios de comercio le han detenido en aquella ciudad.

—¿Y mi madre?

—Vuestra madre os espera con la mayor impaciencia.

—Está bien, caballero, respondió María: y cesaron de correr sus lágrimas.

Al día siguiente se levantó el campo, y el ejército se puso en marcha por el mismo camino que habia llevado. El general, que tenia relaciones de amistad con la familia de María, tuvo con ella las mayores atenciones; pero la jóven correspondía con bastante frialdad á sus cuidados, y parecia abismada en una melancolía profunda. Como no habia manifestado ningun deseo de permanecer con los salvajes, se la dejaba completamente libre, y no causaba estrañeza verla algunas veces, en los altos que se hacian por la noche, alejarse

(1) El árbol de la cera, (*styricea cerifera*, Lin.) es un arbusto de seis á siete pies de altura, que crece á las orillas de los ríos y en los terrenos pantanosos. Su fruta, cogida en invierno, está cubierta de una cera verdosa y odorífica, que se derrite con agua hirviendo: la cera sobrenada, y se forman con ella bugias excelentes.

(2) Extracto literal de una cancion canadiense, traducida al inglés por Mr. Ricardo Buttkler.

(3) Los americanos de la Pensilvania llaman ortega, y algunas veces faisán, á una ave muy comun en nuestros bosques.

(4) Es el *schubertia disticha*, Mirb. *Cupressus disticha*, Lin. Los salvajes le llaman ciprés calvo, porque todos los años pierde sus hojas. Este árbol singular, mas comun en la Carolina que en la Pensilvania, produce sobre sus raíces unas especies de conos huecos, semejantes á unos hitos, de uno á cuatro pies de altura. Se cortan para hacer colmenas. Este árbol crece en los pantanos y aun en el agua.

(5) El modo con que los indios viajan por inmensos bosques sin estraviarse nunca, es un objeto de asombro para los europeos. No es raro, en sus grandes cacerías, verlos atravesar ciento ó doscientas leguas por paises inhabitados y cubiertos de bosques para perseguir en el Norte á los bisontes que allí se han retirado, á los castores, las ratas almizcladas, las martas, armiños, y los terribles osos grises, cuyas pieles vuelven á vender en las grandes poblaciones de los Estados para proporcionarse armas de fuego, pólvora, balas, bermeillon, cuchillos, calderas de cobre, mantas de lana y alguna

(1) Véanse los números 73, 77 y 78.



boca; mis orejas ya no oyen el canto del muskavis (1) y mis ojos miran y no ven. ¿Te acuerdas cuán felices éramos? ¿cuándo volverás á traerme la alegría que te has llevado? ¿cuándo vendrás tú á quitar los abrojos de mi sendero, y á ahuyentar el viento de la desgracia que encuentro por todas partes? Si ando por el agua no puedo dirigir mi canoa: si enciendo lumbre en mi hogar, produce mas humo que calor, y si me pongo á manejar el tomahawk, cae antes de llegar á la corteza del árbol. Por seguirte he dejado mi wigwam: los reptiles de la tierra y las aves nocturnas se han apoderado de él. Si no puedo encontrarte, ¡oh! Moyamea, se extinguirá mi vida como un arce que ya no tiene savia, y mi espíritu partirá para el Oeste dejando que blanquee mis huesos el viento y la lluvia.

«¡Oh Moyamea! no oírás ya desde el país de Onas la voz de Garakoutié tu hermano y amigo....»

Cesó la voz y la joven permaneció algun tanto pensativa. Luego, de repente, pasó la mano por su frente, soltó al viento su dorada cabellera, y comenzó á cantar dulcemente.

«Moyamea está aquí sentada al pie del olmo lloron: ha oído la voz de Garakoutié su hermano y su amigo.»

Al punto el joven se precipitó hacia ella, y la agarró la mano que regó con sus lágrimas, pero en seguida se retiró tres pasos, avergonzado de una familiaridad, que un salvaje jamás se permite con otra muger que la suya. Lo que se dijeron los jóvenes, lo ignora: solo sé que despues de esta conversacion Maria volvió al campo, con el semblante menos triste que de ordinario, y que unos ojos expertos hubieran podido leer en los suyos, y en su frente una firme resolución.

Al día siguiente el ejército pasó el Ohio, y una porción de salvajes que hasta allí habían seguido á sus hijos adoptivos, para cuidarlos durante la marcha y alimentarlos con la caza, se despidieron de ellos con la mayor ternura, y con lágrimas en los ojos, los recomendaron á la bondad de los oficiales y soldados. Allí comenzaban ya las posesiones de la Pensilvania, y es seguro que si los indios hubiesen intentado poner su pie en ellas, los colonos, para vengarse, hubieran muerto cuantos encontrasen. Sin embargo, un joven delaware se negó obstinadamente á partir cuando se lo mandó el general Bouquet, y cuanto le dijeron acerca de los peligros á que se esponia, no le hizo variar de resolución. Efectivamente, siguió al ejército hasta el fuerte Pitt, pero se le veia muy rara vez, porque marchaba siempre á los flancos de la division, por los bosques y sitios mas desiertos. Cuando en sus raras apariciones le preguntaban por qué se empeñaba en arrostrar tantos riesgos:

—No corro ningun peligro, decia, porque un espíritu blanco que he visto en las orillas del Muskingum, me ha enseñado á adorar al Ockimaw de los cristianos, y creo que la muger blanca es la igual de un hombre rojo.

Nadie podia comprender tan estraña contestacion, y le miraban como loco.

Despues de quince días de penosas marchas, llegaron á Pittsburg, en donde el ejército debia descansar algun tiempo. Un gran número de colonos ricos y de prestigio en el país, habían acudido á aquella poblacion naciente para felicitar al vencedor de Bushyrum, y el general, para obsequiarlos, dispuso darlos un banquete, en que la encantadora Maria debia hacer los honores. Ya estaban reunidos todos los convidados en el salon del festin, y solo aguardaban para sentarse á la mesa á la joven y hermosa miss, cuando una escena de las mas extraordinarias absorbió la atencion de todos los concurrentes. Abrióse la puerta del salon, y entraron en él tres estravagantes personajes, vestidos con el traje indio mas esmerado. El uno era un anciano de paso grave, y con la frente surcada por las arrugas de la experiencia; el otro era un joven guerrero. Ambos llevaban atravesada por los agujeros de las orejas una larga pluma de águila blanca y negra, lo cual anunciaba que eran gefes; llevaban pintado el rostro de encarnado y blanco; ricos collares de wampum adornaban su pecho, y de su cinturón pendian por un lado un cuchillo, y por el otro un tomahawk con hoja de acero muy limpia y brillante. El mas joven llevaba en la mano un baston de alerce resinoso con la punta encendida.

El anciano conducia de la mano á una joven salvaje, cuyo traje enteramente indio, no carecia de gracia ni de riqueza; sobre su cabeza ondeaba una garzota de plumas encarnadas, y su rostro estaba completamente cubierto por anchas rayas encarnadas, amarillas y blancas, que formaban figuras de pájaros y flores.

A primera vista nadie conoció á los inesperados convidados, mas habiéndose acercado á ellos el general, retrocedió de repente y exclamó sorprendido:

—Miss Maria, ¿qué significa eso?...

Entonces la joven se adelantó con paso firme y magistoso hasta el centro del salon, estendió el brazo hacia el general, y dijo:

—General Bouquet, ya no me llamo Maria, sino Kerry-Moyamea. Aquí, en el territorio de la Pensilvania, ya no estoy bajo tus órdenes; soy libre como tú, pues que ya he llegado á la edad fijada por vuestras leyes para la mayoría. Abre tus orejas para oír la verdad, porque al

renunciar para siempre á mi antigua patria, voy á hablarte como una digna joven delaware. Tenia un padre blanco y le busco entre vosotros: ¿en donde está?.... Sabe que su hija se encuentra aquí, á algunas leguas de su habitacion, y sin embargo no le veo, ¿en donde está mi hermano blanco? Tampoco se halla aquí: ha temido herirse los pies con las espinas de los Alleghany. ¿En donde está mi madre? No lo sé. Por el lado de la Pensilvania no veo á nadie cuyo corazon palpita por Maria. Vuelvo la vista detrás de mi hacia la parte del Muskingum; veo al sábio Custaloga, mi padre adoptivo; al valiente Garakoutié, mi hermano y mi amigo, que han seguido á la joven querida de su corazon, de noche, por lagunas pantanosas, por las mañanas pisando los abrojos de enmarañados bosques, sufriendo por el día el ardor del sol, marchando descalzos, acostándose sobre la húmeda tierra, atravesando á nado los lagos y los rios, luchando con las fieras de las selvas, y temiendo á cada instante el largo cuchillo de un uniforme encarnado, ó la carabina de un colono. ¿Qué piensas de esto, general?... Habla, ya te escucho.... no dices nada.... pues continúo; pero antes mira.

Hizo una seña á Garakoutié, que la presentó el palo ardiendo, sobre el cual sopló tres veces: despues Custaloga tomó la mano de la joven, la colocó en la de su hijo, y entonces Moyamea dijo:

—Ahora voy á hablar como muger delaware (1), porque ya he soplado sobre el tizon. Tienes razon, general, no porque seas mas valiente que nuestros guerreros, sino porque tus armas eran mejores que las suyas, y porque mandabas á hombres de cuchillo largo (2). Nuestras gentes han talado vuestras fronteras, porque esas tierras les pertenecen, y han tomado algunos de vuestros fuertes, porque queriais apoderaros de su comercio. Si dices que han obrado mal, yo te contestaré que sus antepasados pisaban este terreno, cazaban en él, y le poseian mucho tiempo antes de la llegada de los tuyos. Tus cultivadores necesitan paz y reposo para reparar sus pérdidas: pues bien, tendrás uno y otro si no exiges de nuestras gentes nada que los humille. Los conoces indudablemente: una de las condiciones del tratado de Tuskaraway, es que entreguen sus prisioneros: ¿no sabes tú que no los tienen, y que los blancos que viven entre ellos, son sus parientes adoptivos ó sus amigos?... Yo cai en su poder hace ocho años, y desde entonces he sido feliz. Si, á pesar de vuestras leyes, me obligan á seguirte, regresaré entre mis hermanos en cuanto encuentre para ello una ocasion favorable. Tales son mis intenciones, que lo son tambien de un gran número de los que has obligado á nuestros gefes á que te entreguen. A la gloria que acabas de adquirir por medio de las armas, será muy justo que reunasla que da la humanidad: mas puesto que destruye nuestra felicidad, sé bastante generoso para permitirnos volver á las aldeas de nuestros amigos.

Asombrado de la salvaje osadia de Maria y de cuanto acababa de decirle, el general creyó que debia consultar, no tan solo á sus oficiales, sino á algunos magistrados que accidentalmente se encontraban en Pittsburg. Los oficiales opinaron que cada uno era árbitro de su suerte, y de buscar la felicidad en donde creyese encontrarla. Los magistrados afirmaron que con arreglo á las leyes, nadie podia retener á Maria contra su voluntad. En consecuencia, el general tomó su partido, y al día siguiente Custaloga, Garakoutié y Moyamea, emprendieron la marcha para regresar á sus wigwams del Tuskaraway, y una escolta de soldados los acompañó hasta la embocadura del Muskingum, para poner á cubierto á los dos indios de la venganza de los colonos.

Despues no se ha vuelto á oír hablar de la joven en Filadelfia. Cuando su padre sir William supo aquella noticia en Carlisle:

—A fé mia, dijo, creo que Maria no ha hecho buen negocio, y lo siento, porque tenia intencion de casarla con mi viejo vecino Walpol, que es rico, y que se la hubiera llevado sin dote. Pues que el mal está ya hecho, no hay que pensar en él. ¡Jhon, Jhon! añadió dirigiéndose á uno de sus dependientes; poned mas cuidado en lo que haceis, ó me veré en la precision de despediros: ¿no veis que habeis colocado atravesado ese paquete?

Luego volvió á ponerse los anteojos, levantó la cabeza, y continuó la anotacion que habia comenzado en su libro de partida doble.

No me resta ya que decir, sino que cuanto habeis leído acerca de historia natural, costumbres, acontecimientos históricos, hechos, pormenores, etc., es exacto y verdadero, y que en todo esto mi mérito no consiste mas que en haber reunido en algunas páginas, lo mas interesante que puede encontrarse en las charlatanías, permitidme esta frase, de treinta ó cuarenta volúmenes de viajes.

## ¿QUIEN ES ELLA?

Nada mejor que la buena,  
Nada peor que la mala.  
(Copia vulgar.)

¿Quién es ella? No me lo preguntéis á mí que soy un ignorante.... Hay quien dice que ella es el paraiso en

(1) Este discurso, desde este párrafo, fué literalmente dirigido al general Bouquet por una irlandesa, que habiendo sido hecha prisionera por los salvajes ya hacia once años, se habia casado en el país y no queria dejarlos.

(2) Alude al arma de caballeria.

la tierra; el fanal que guía nuestros pasos desde la cuna al sepulcro; el ángel desterrado de los cielos al mundo para embellecer nuestra existencia y revelarnos las delicias de otra vida; la flor que embalsama el aire con el perfume que nos circunda; la cristalina fuente que nos brinda en el desierto su linfa salvadora, cuando vamos á sucumbir de sed y de cansancio; el árbol que escude en cada hoja una ilusion, en cada retoño una esperanza, en cada fruto una promesa de felicidad! Espléndida nube rica de colores y perfumes, cuya atmósfera voluptuosa embriaga los sentidos, anonada al hombre y le sumerge en un Océano de ventura. Perla divina, brillante arrancado de la corona del Todopoderoso, y cuyos celestes resplandores encienden en nuestro corazon cuantos nobles sentimientos es capaz de abrigar. Meteoro que ilumina la noche de nuestra existencia, sombra fugitiva, aparicion fantástica, ensueño, delirio de la mente, rayo de luz, armonia, creacion artistica, tipo ideal que concreta en si todas las perfecciones físicas y morales, y que nos obliga á creer en Dios, admirando la mas bella de sus obras.... Eso dicen que es ella, y ella, señores, sépanlo vds., ella no es otra cosa que el lindo animalito llamado muger.

Al oír esto, no faltará quien doble la hoja, y como no será ciertamente ningun poeta ni enamorado, sino algun infeliz á quien haya hecho apurar ella hasta las heces la amarga copa del dolor ó el desengaño, lejos de mirarla al través de ese prisma albagüeño, contestará que es un demonio escapado de los profundos abismos para venir á enseñarnos que el Purgatorio y el Infierno existen en el mundo, ó mejor dicho, donde ella se encuentra; y partiendo de este luminoso principio, no podreis menos de recordar, hombres imbeciles, añadirá, que ese ángel tan hechicero suele darnos por un instante de fugaz placer, luengas horas y acaso meses y años de horrible martirio. ¿No se subleva vuestro orgullo, no sentis un impulso de ira involuntaria al contemplar la facilidad con que habeis cedido á su tentadora magia, desde que el bozo apuntó en vuestros labios? ¿De cuántas necesidades, de cuántas locuras, de cuantos estravíos no ha sido causa! ¿Y cuántas necesidades, locuras y estravíos no os hará cometer en adelante?... En vano pretendereis sustraeros de su poderosa atraccion.... Una tierna mirada de sus bellos ojos, una graciosa sonrisa ó una dulcísima mentira de sus rosados labios, os harán caer de rodillas á sus pies, con la misma velocidad con que se precipita el incauto pajarillo á la boca de la serpiente, ó corre el débil barquichuelo al seno de la vorágine á estrellarse en las rocas ó á desaparecer entre el remolino de sus aguas.

Antes de ser hombre, ella os ató á su carro triunfal, y bajareis al sepulcro sin romper su odiosa coyunda. La Providencia ha querido en sus juicios impenetrables, que solo cuando se nos embota la sensibilidad, cuando el hombre es un autómata, privado de sensaciones, contemple frio é impassible la belleza. Mientras palpita el corazon con fuerza, mientras bulle la sangre en las venas y hierve en el cerebro ¿quién puede resistir á sus hechizos? ¿Quién puede contemplarlos sin ceder á su traidor encanto irresistible, aunque haya hecho firme propósito mil veces de no dejarse arrastrar en adelante por la tentacion?

¡La tentacion!... He aquí el origen de la insoportable tirania del bello sexo con sus mas rendidos adoradores. Conocen ellas el efecto que producen sus atractivos, y se deleitan con una astucia verdaderamente femenil ó diabólica, como mejor suene, en dar pábulo al deseo y en fomentar las mas gratas ilusiones. Pero ¡ay del infeliz que llega á caer en sus redes! ¡Mas le valiera haber caído en la garganta de un tiburón!

Inerme, sin defensa, rendido á discrecion, de nada le vale invocar á todos los santos de la corte celestial; de nada le vale acudir á los recursos mas extremos, fingirse pobre, muy pobre, con mucha tristeza (alias hambre), y pedir una limosna por amor de Dios; de nada le vale recordar á sus crueles prójimos que la caridad cristiana ordena amar al prójimo como á nosotros mismos: tampoco es mas feliz si abandona la prosa y se pierde en las regiones sublimes de la poesia, comparándose con un arbusto marchito al que basta un poco de sombra y una gota de rocío para erigirse pomposo y lozano.... Las candorosas avejillas á quienes ya encamado este inocente madrigal, miran el preopinante, se sonrien con malicia, mueven la cabeza en silencio como dudando, se alzan de hombros, y cuando él cree que su solicitud va á ser despachada favorablemente, inclinan los ojos al suelo y con una graciosa mueca le responden:

—Perdone, hermano.

—¡Oh! no hay que hacerse ilusiones,—continúa hablando el mismo ciudadano despreciado, calabaceado ó burlado;—no hay que disfrazar la verdad por amarga que sea. La muger es una planta venenosa que escude en cada hoja una espina, en cada fibra una mancha repugnante, en cada fruto un desengaño, un manantial perenne de llanto y desventura. Sierpe que Satán arrancó de su ignea cabellera en un momento de desesperacion, y arrojó al mundo para que á su fatal contacto é infernales picaduras, germinasen en nuestro corazon todas las malas pasiones que heredamos de Cain. Centella eléctrica, que al envolvernos en sus ardientes espirales, nos arrebatada con la savia vital del cuerpo, los gases metálicos del alma (suple bolsillo.) Estátua inerte, mármol sin vida, cebo de los sentidos, aura emponzoñada que enerva y sofoca, aniquila y mata el pensamiento; prototipo de un conjunto indefinible, en el que no se sabe que choca mas, si el aspecto estravagante que ofrece visto en globo, ó los heterogéneos

otras telas, aguardiente, etc. Para dirigirse en los bosques, observan el curso del sol, el de la luna, el lado en que crece el musgo en los troncos de los árboles, lo que les indica el Norte; de distancia en distancia rompen alguna rama de zarza, y esa ligera señal basta para hacerles encontrar el camino á su regreso.

(1) El muskavis es un pájaro conocido por los naturalistas con el nombre de burlador, porque tiene la habilidad de imitar el canto de todas las demas aves.



elementos que le componen examinado aisladamente...  
Eso es la muger!

Pobres mugeres! sus apologistas las ensalzan hasta las nubes, mientras sus detractores las arrastran por el cieno, y por desgracia ni á unos ni á otros les faltan razones para corroborar sus juicios.

Triste es decirlo, ¿pero quién duda que ese ser idolatrado ó aborrecido, y siempre incomprensible, es una divinidad y una miserable criatura, una joya de valor inapreciable, y un amuleto infernal, un ángel y un demonio, la triaca y el veneno, todo y nada? Mezcla de barro y oro, de luz y tinieblas, de grandeza y de miseria, en la que no es posible determinar si las buenas cualidades escenden á los defectos, ó si la dicha que da compensa el mal que ocasiona.

La probidad mas incorruptible, el carácter de hierro que resiste á la ambición, al oro, á las consideraciones del mundo, á las sugestiones del amor propio, del orgullo ó de su propio interés, y que desafía hasta á la muerte, se doblega como un mimbre, sucumbe quizá ante los halagos de una muger querida. No hay amigos tratándose de ellas; el mas fiel, arrastrado del delirio de su pasión, no vacila en traicionar al mismo á quien debe tal vez su fortuna, su honra, su vida. ¡Hasta los sagrados vínculos de la sangre se rompen, cuando el amor fatal de una muger se interpone entre el deudo y el deudo, entre el hermano y el hermano, entre el padre y el hijo!... Cuadro tristísimo, que podríamos recargar con tintas mas lúgubres aun, si hablásemos del adulterio y del incesto.

Frívola, caprichosa, exigente, vana, antojadiza, amiga del fausto y del lujo, envidiosa por instinto y murmuradora por costumbre, la muger, añaden otros, parece nacida únicamente para perpetuar la especie ó servir de solaz y pasatiempo algunos cortos instantes. Es un globulillo de agua en el que refleja el iris sus colores, y que se desvanece al mas leve soplo: es una linda mariposa á la que no se puede tener cogida mucho tiempo, porque el calor de la mano le roba con el polvo de sus alas, el prestigio de su hermosura. Es un magnífico cuadro, que es necesario ver de lejos y desde el punto en que las combinaciones de la luz y la sombra le favorecen; porque examinado de cerca ó desde una posición desventajosa, nada se nota en él mas que una masa informe de colores chillones y rabiosos...

No busqueis fidelidad, energía, lógica ni sentido común en la muger. Su naturaleza inconstante, la sed de homenajes y adoraciones que la devora, no la permiten rechazar á nadie que se acerque á ofrecerle el tributo de sus alabanzas: la debilidad de su organización, ese miedo á todo, (menos á lo que debía temer en efecto), la hacen poco menos que inútil en cualquier circunstancia crítica. No sabe mas que gritar, llorar y desesperarse, y abatir y desesperar acaso á los que la rodean. La movilidad de su imaginación, la poca firmeza en las ideas, la facilidad con que se plega á todas las impresiones que vienen á herirla, la obligan á variar de resolución cuarenta veces en una hora y tres en cada minuto. Frecuentemente ni ella misma sabe lo que quiere, ni por qué, ni para qué lo quiere. Si la complacen, se fastidia, y si no la complacen se irrita, padece de los nervios y se queja de que no la comprenden. Tiene los caprichos y la infantil candidez de un niño mimado, con la terquedad de un viejo atrabiliario y la astucia de una raposa veterana. Generalmente obra por espíritu de contradicción, y basta que se la prohiba una cosa, para que la haga en el acto. ¡Cuántos bienaventurados no habrían ingresado contra su voluntad en la cofradía de San Marcos, si hubiesen tenido antes la prevision de indicar á sus amables consortes que ese era su mas vivo anhelo!

Seguros estamos que solo por llevarles la contra, se habrían ellas abstenido de practicar las diligencias necesarias, ó si estaban muy adelantadas las negociaciones diplomáticas, les habrían dado otro giro, para que sus esposos no figurasen en la matrícula de la susodicha cofradía, sino en otra cualquiera.

La muger es eminentemente liberal y toda tiranía la exaspera. No gusta que la den órdenes, sino imponerlas. Su padre, hermano, tutor, marido, amante, amigo (ó lo que sea) puede marcarle la pauta de conducta que ha de seguir; ella fingiendo obedecer, se reserva siempre *in pectore*, el derecho de hacer lo que mejor le cuadre. Por eso matrimonialmente hablando, *multi sunt vocati et multi vero electi*, (predestinados).

Otra de las cualidades características y mas apreciables de las hijas de Eva, es el poco caso que comúnmente hacen de los que las solicitan y asedian con mas empeño, mientras se desviven y no saben como llamar la atención del que las mira ó finge mirarlas con indiferencia.

Muger hay que por vengarse de lo que ella en su excesiva vanidad cree un desprecio, se olvida de todo; de parte pasiva se convierte en agresiva, y provoca, hostiga y compromete al que persigue á representar el papel de *victima seducida*. Muger hay, que no miraría jamás á un hombre á la cara, si este no hubiese tenido el talento de lastimar su amor propio y obligarla con su aparente menosprecio á que se fijase en él. La famosa comedia de Moreto *El desden con el desden*, es una verdad tan frecuente en la vida real, como en el teatro y en las novelas.

Así hablan los detractores del bello sexo, pero si estos hechos y otros muchos que suprimimos en obsequio de la brevedad, son irrecusables ¿quién podrá negarnos que la muger con todos sus lunares é imperfecciones, es la divinidad del hogar; la que inspira al hombre hábitos de trabajo, la que despierta en su alma el deseo

de conquistar una posición social, la que le alienta en el infortunio, la que comparte sus penas y alegrías, la que derrama en el tierno corazón del niño las semillas que mas tarde engendrarán las virtudes del ciudadano?... ¿Quién comprende y practica mejor la caridad que la muger? ¿Quién es capaz de mas sacrificios y abnegación que una madre por sus hijos? ¿Quién tiene mas sangre fría, mas valor, mas audacia que la muger en una situación dada?... ¿Quién siente con mas vehemencia é intensidad que ellas? ¿Quién simpatiza y delira por todo lo grande, por todo lo noble y bello, con un entusiasmo mas sincero y espontáneo? ¿Quién acepta las privaciones, la miseria y hasta el oprobio y el deshonor con mas sublime resignación? ¿Quién atesora mas sensibilidad y ternura, quién encuentra ó inventa palabras mas dulces, atenciones mas delicadas, expresiones mas cariñosas, sorpresas mas agradables, y adivina y se anticipa á nuestros deseos con mas tino, con mas delicadeza y placer, que una muger realmente apasionada?....

¡Hay algo entre el fango que nos rodea, que llene nuestro corazón, que satisfaga las necesidades de nuestra doble naturaleza espiritual y terrena, que valga tanto como los transportes que nos inspira la belleza...

Los que han probado los encantos de una pasión verdadera, comprenderán lo que no es dado expresar con el pobre lenguaje de la tierra.

¡En aquellos instantes de embriaguez suprema todo se olvida al lado de la persona amada: no hay pasado ni porvenir; el presente llena la existencia, que se desborda y quiere escaparse del pecho, condensada en una mirada, en un suspiro, en un grito, en una aspiración de amor!

Letargo inefable de los sentidos, éxtasis, celeste arrobamiento, expansión volcánica de dos almas, que se atraen, se tocan, se incorporan, se funden en una sola al choque de su mutuo frenesí.... ¡Impresión que si durase un minuto mas rompería el hilo de nuestra frágil vida! y sin embargo, ¿quién alabrar de nuevo sus ojos á la luz no ha deseado haber muerto entonces? Morir en brazos de una muger querida, amante ó esposa, madre ó hermana, es un sueño de felicidad que todos hemos tenido alguna vez, porque la vida es el amor, y ni la gloria, ni el poder, ni las riquezas, — buitres que roen el alma y el corazón, dejando siempre un vacío en ellos, — alcanzarán jamás á realizar uno solo de sus milagros. ¡Bendita mil veces la criatura á quien otorgó la Providencia don tan sublime!

Nos detenemos aquí, porque involuntariamente, y cuando menos lo esperábamos, forzados por la lógica inflexible de los hechos, hemos resuelto la cuestión á favor del bello sexo. Magüer tengamos personalmente contra él muchos motivos de queja, no podemos desconocer la verdad que hemos apuntado mas arriba; y esa verdad es de tanto peso que basta enunciarla para que todos la reconozcan é inclinen la frente ante ella. Tiene la fuerza incontrastable del axioma y del dogma.

En efecto, cualesquiera que sean las máculas, imperfecciones y malas mañas (naturales y adquiridas) de las mugeres, el Supremo Hacedor, que sin duda sabe mejor que nosotros lo que nos conviene, las ha barnizado con una capa de fluido magnético que nos deslumbra y nos atrae, por todos los poros del cuerpo y por todas las incolores, etéreas é impalpables partículas del alma. Ha querido que el hombre, rey de la creación, orgulloso con su fuerza y su inteligencia, sea esclavo de un ser débil que le vence con una mirada y le encadena arrojándose en sus brazos. Para eso le ha dado un misterioso talisman, al que ningún mortal resiste; talisman que sublima y diviniza á la muger, tanto mas, cuanto mas se eleva y eleva al hombre sobre sus instintos terrenales, por la pureza de los afectos y la doble acción físico-moral de un sentimiento común á los dos. Un día, una hora, un instante de esa felicidad sin igual, que solo puede proporcionarnos una muger amante y amada ¿no vale todos los sinsabores y disgustos con que antes ó despues ella misma ú otras han emponzoñado ó emponzoñarán nuestra existencia? ¡Ay! es tan prosaica la vida, son tan raros los momentos venturosos que contamos al terminarla, que por una pequeña gota de miel, bien puede beberse una gran copa de acibar!

Madrid, abril 29 de 1851.

A. MAGARIÑOS CERVANTES.

#### NOTICIAS TEATRALES.

Se cree muy próxima la aparición de un nuevo decreto, destruyendo casi en todo la vigente organización de teatros. En cuanto al Español, es probable que vuelva á abrirse por setiembre, merced á la actividad que para ello desplega la junta directiva del mismo. Mientras tanto, el coliseo del Drama tiene una existencia dudosa: las funciones que ponen en escena agradan poco, y desde que ha aparecido la *Nena*, parece que se han agotado los recursos artísticos que sirven de aliciente ó de reclamo para el público. El teatro de Variedades continúa cerrado: el Circo prosigue dándonos zarzuelas, y la tantas veces anunciada con el título de *Un embuste y una boda*, no ha dejado cumplidamente satisfechos á sus espectadores. El Instituto sigue cada vez mas animado y concurrido, gracias al acierto de sus directores. El señor Boldun ha ejecutado en este teatro *Las pesquisas de Patricio*, en cuya ejecución ha sido muy aplaudido. Pronto se pondrán en escena dos comedias, que según noticias no desmerecen de las ejecutadas anteriormente con aplauso.

## LA JUVENTUD DE LOS MOSQUETEROS.

Drama en cinco actos y un prólogo.

POR A. DUMAS.

TRADUCIDO DEL FRANCÉS POR DON F. SEPÚLVEDA. (1)

(Continuacion.)

### ACTO TERCERO.

#### CUADRO OCTAVO.

##### ESCENA I.

EL ESCRIBANO. — UN ESBIRRO. — EL CARDENAL, *detrás de una cortina.*

ESCRIBANO. ¿Podeis oír, monseñor? (*Volviéndose hacia la cortina.*)

UNA VOZ. Sí. (*Detrás del tapiz.*)

ESCRIBANO. Haced entrar al preso. (*Al esbirro.*)

##### ESCENA II.

LOS MISMOS. — BONACIEUX, *entre dos guardias.*

ESCRIBANO. Vuestro nombre, profesion, edad y domicilio.

BONACIEUX. Me llamo Santiago Miguel Bonacieux, soy especiero, tengo cincuenta años, y vivo en la calle de los Sepultureros.

ESCRIBANO. ¿Sabeis por qué os han conducido á la Bastilla?

BONACIEUX. ¿Por qué he sido conducido? os aseguro señor, que lo ignoro.

ESCRIBANO. Pregunto si estais dispuesto á confesar el crimen por el cual habeis sido conducido á la Bastilla.

BONACIEUX. ¡Un crimen, señor! ¿yo he cometido un crimen?

ESCRIBANO. Se os ha acusado del mas grave de todos, del crimen de alta traición.

BONACIEUX. ¡De alta traición!... ¿Cómo quereis, señor, que un pobre especiero, que detesta á los hugonotes y aborrece á los españoles, sea acusado del crimen de alta traición?

ESCRIBANO. Señor Bonacieux, vos teneis una muger....

BONACIEUX. ¡Ay!... señor, tenia una....

ESCRIBANO. ¿Cómo, ¿tenia una?.... ¿Pues qué habeis hecho de ella?

BONACIEUX. Me la han robado, señor.

ESCRIBANO. ¿Quién os la ha robado?

BONACIEUX. ¡Ah! sospecho que ha sido un señor de estatura regular, con ojos y cabellos negros, que tiene una cicatriz en la frente.

ESCRIBANO. ¡Ah! ¡ah! su nombre. (*Volviéndose hacia la puerta.*)

BONACIEUX. Lo ignoro, pero le reconoceria, os prometo que le reconoceria entre mil.

ESCRIBANO. ¿Decis que le reconoceriais entre mil?

BONACIEUX. Perdonad, señor, quise decir...

ESCRIBANO. Habeis dicho que le reconoceriais.... Está bien.

BONACIEUX. Señor, yo no he dicho que estaba seguro, sino que creia....

(*Entra un hombre y habla al oído del escribano, este mira á Bonacieux fijamente.*)

ESCRIBANO. ¡Ah! ¡ah!

BONACIEUX. ¿Qué... ¿qué es eso, señor?

ESCRIBANO. Que vuestro asunto se complica.

BONACIEUX. ¿Mi asunto?

ESCRIBANO. ¿Qué tenias que hacer en el cuarto del señor de Artagnan, vuestro vecino, con el que acabais de tener una larga conferencia?

BONACIEUX. ¡Ah! sí, eso es cierto.... he visto al señor de Artagnan.

ESCRIBANO. ¿Cuál era el objeto de vuestra visita?

BONACIEUX. El de suplicarle que me ayudase á encontrar á mi muger; yo creo que tengo el derecho de reclamarla: ¿me equivoco, señor?

ESCRIBANO. ¿Qué ha respondido el señor de Artagnan?...

BONACIEUX. El señor de Artagnan me ofreció en un principio su ayuda; pero luego conocí que me vendia. ES CRIBANO. Mentis: el señor de Artagnan ha hecho un pacto con vos: ha atropellado á los guardias que habian arrestado á vuestra muger; y la ha sustraído á vuestras pesquisas.

BONACIEUX. El señor de Artagnan ha sustraído á mi muger. ¿Qué decis?

ESCRIBANO. Pero dichosamente el señor de Artagnan está en nuestras manos, y vais á ser careado con él. (*Al esbirro.*) Haced que entre el caballero Artagnan.

##### ESCENA III.

LOS MISMOS. — ATHOS *entre dos guardias.*

ESCRIBANO. Señor de Artagnan, decid lo que ha ocurrido entre el señor y vos. (*A Athos.*)

(1) Véanse los números 74, 75, 76, 77, y 78.



BONACIEUX. Pero si este no es el caballero Artagnan.  
ESCRIBANO. ¿Qué decís? ¿os atreveríais á sostener?...  
BONACIEUX. Si señor, lo sostengo.

ESCRIBANO. ¿Cómo se llama pues, si no se llama Artagnan?  
BONACIEUX. Yo no sé cómo se llama, preguntádselo á él.

ESCRIBANO. ¿Cómo os llamais?  
ATHOS. Athos.

ESCRIBANO. Ese no es nombre de persona, es nombre de montaña.  
ATHOS. Ese es mi nombre.

ESCRIBANO. Vos habeis dicho que os llamábais Artagnan.  
ATHOS. ¿Yo?

ESCRIBANO. Si, vos.  
ATHOS. Queréis decir que á mí se me ha preguntado, vos sois el caballero Artagnan ¿lo creéis? repuse yo. Los guardias han contestado que estaban seguros y no he querido contradecirles, ademas he podido equivocarme, porque estaba ebrio.

ESCRIBANO. Caballero estais insultando á la magestad de la justicia.  
ATHOS. No he pensado en tal cosa.

ESCRIBANO. Sois el señor de Artagnan.  
ATHOS. Ya veis que vos mismo lo asegurais.

BONACIEUX. Repito, señor magistrado, que no tengo ninguna duda: el señor de Artagnan es mi inquilino, y no me paga; ya veis que deberé conocerle.

ESCRIBANO. En verdad que teneis razon. ¿Qué hay? (A un mensajero que le entrega una carta.)  
MENSAJERO. Para vos.

ESCRIBANO. ¡Oh que desgracia! (Leyendo.)  
BONACIEUX. ¿Cómo! ¿de quién hablais? supongo que no será de mi muger.

ESCRIBANO. Al contrario, es de ella de quien hablo. (Con misterio.) Lo que acaba de hacer es la continuacion de un plan infernal que llevais entre los dos.

BONACIEUX. Os juro, señor magistrado, que vivo en el mas profundo error: yo no sé nada de lo que debia hacer mi muger... nada, nada absolutamente; y si ha intentado alguna cosa prohibida por las leyes... la desmienta, la repudio, la maldigo.

ATHOS. Si no teneis necesidad de mi persona, enviadme á otra parte, porque me canso de escuchar tantas simplezas.

ESCRIBANO. (A los guardias.) Conducid los presos á sus calabozos.

ATHOS. Sin embargo, si es al señor de Artagnan al que quereis tener bajo llave, no veo por qué razon me enviáis al calabozo.

ESCRIBANO. Haced lo que os digo. (A los guardias.)

## ESCENA IV.

LOS MISMOS.—EL CARDENAL.

CARDENAL. Un instante.

TODOS. (Menos Bonacieux.) ¡Monseñor!

ATHOS. (Inclinándose.) ¡Monseñor!

CARDENAL. Estais en libertad, señor de Athos: vos quedaos (A Bonacieux.) Dejados. (A los demas.) Athos se inclina, todos salen con muestras del mas profundo respeto.

BONACIEUX. ¿Quién será este monseñor? (Aparte.)

## ESCENA V.

EL CARDENAL.—BONACIEUX.

CARDENAL. Vos habeis conspirado.

BONACIEUX. Eso es lo que me acaban de decir, monseñor; pero os juro que no sabia nada.

CARDENAL. Habeis conspirado con vuestra muger, con madame de Chevreuse y con milord, duque de Buckingham.

BONACIEUX. ¡Ah! en efecto, monseñor, he oido pronunciar esos nombres.

CARDENAL. ¿A quién?

BONACIEUX. A madama Bonacieux.

CARDENAL. ¿Con qué motivo?

BONACIEUX. Decia que el cardenal de Richelieu habia atraido al duque á Paris para perderlo y perder á la reina con él.

CARDENAL. ¿Eso decia, eh?

BONACIEUX. Si, monseñor, yo la advertí muchas veces, que tuviese cuidado con proferir semejantes palabras, porque su eminencia era incapaz....

CARDENAL. ¡Silencio! sois un imbécil.

BONACIEUX. Eso es precisamente lo que me contestaba mi muger, monseñor.

CARDENAL. ¿Sabeis quién ha robado á vuestra muger?

BONACIEUX. No, monseñor.

CARDENAL. ¿Teneis sospechas sin embargo?

BONACIEUX. Si, monseñor; pero esas sospechas han parecido desagradar al señor magistrado, y ya no las tengo.

CARDENAL. ¿Cuando ibais á buscar á vuestra muger al Louvre, volvais á casa directamente con ella?

BONACIEUX. No, monseñor, que se detenía siempre en las calles de Vaugirard y de La-Harpe, donde vivian unos mercaderes de telas.

CARDENAL. ¿Habeis entrado vos en su casa?

BONACIEUX. Nunca, monseñor; me esperaba en la puerta.

CARDENAL. ¿Qué pretesto os daba ella para entrar sola?

BONACIEUX. No me daba ninguno: me decia solamente «espera» y esperaba.

CARDENAL. Sois un marido complaciente, querido Bonacieux.

BONACIEUX. Me ha llamado querido Bonacieux. Esto va bien. (Aparte.)

CARDENAL. ¿Conoceríais las puertas de esas casas?

BONACIEUX. Si, monseñor.

CARDENAL. ¡Está bien... uno! (Llamando, aparece un oficial.) Id á buscar á Rochefort.

OFICIAL. El conde está afuera y pide hablar á vuestra eminencia.

CARDENAL. Que entre.

BONACIEUX. ¡Oh! ¡Dios mio! sois vos el cardenal en



Escena V.—El cardenal y Bonacieux.

persona, monseñor, el gran cardenal!... (Se arrodilla.) y yo que no sabia.... misericordia....

CARDENAL. Venid, Rochefort.

## ESCENA VI.

LOS MISMOS.—ROCHEFORT.

ROCHEFORT. ¡Monseñor!

BONACIEUX. ¡El es!

CARDENAL. ¿Quién?

BONACIEUX. El que robó á mi muger.

CARDENAL. Llevaos ese hombre. (Al oficial.)

BONACIEUX. No monseñor.... ¡por piedad! no es él, me habia engañado, el señor no se le parece en nada... El señor es un hombre honrado.... y....

CARDENAL. Llevaos á ese imbécil. (Llevan á Bonacieux que hace gestos desesperados.)

## ESCENA VII.

EL CARDENAL.—ROCHEFORT.

ROCHEFORT. Se han visto.

CARDENAL. ¿La reina y el duque?

ROCHEFORT. Si.

CARDENAL. ¿En donde?

ROCHEFORT. En el Louvre.

CARDENAL. ¿Quién os lo ha dicho?

ROCHEFORT. Madama de Lanoy.

CARDENAL. ¿Podemos contar con ella?

ROCHEFORT. Es toda de vuestra eminencia.

CARDENAL. ¡Nos han batido!.... está bien, procuremos tomar la rebancha.

ROCHEFORT. Yo os ayudaré con toda mi alma, monseñor.

CARDENAL. ¿Sabeis cómo ha pasado?

ROCHEFORT. A las once estaba la reina con sus camaristas: al poco rato ha entrado en su retrete diciendo.... esperadme....

CARDENAL. ¿Y allí es donde le ha visto?

ROCHEFORT. Si, monseñor.

CARDENAL. ¿Quién le ha introducido?

ROCHEFORT. Madama Bonacieux.

CARDENAL. ¿Cuánto tiempo han estado juntos?

ROCHEFORT. Una media hora.

CARDENAL. ¿Despues ha salido la reina?

ROCHEFORT. Para tomar un cofrecito y volver con él al gabinete.

CARDENAL. ¿Qué contenia ese cofrecito?

ROCHEFORT. Los herretes de diamantes que el rey regaló á la reina.

CARDENAL. ¿Entonces se los ha dado al duque?

ROCHEFORT. Si, monseñor, se los ha dado.

CARDENAL. ¿Estais seguro Rochefort?

ROCHEFORT. Completamente seguro.

CARDENAL. ¿Bien; no le hemos perdido todo; ¿sabéis dónde se ocultan madama de Chevreuse y el duque de Buckingham?

ROCHEFORT. El uno en la calle de Vaugirard y el otro en la de La-Harpe: ¿quiere vuestra eminencia que los haga prender?

CARDENAL. ¿Y si se han marchado?

ROCHEFORT. No importa; podemos asegurarnos.

CARDENAL. He enviado á Vitray con diez hombres esperad su vuelta y decidme lo que ha hecho.

ROCHEFORT. Estad tranquilo monseñor. (Vase.)

## ESCENA VIII.

EL CARDENAL.—BONACIEUX.

CARDENAL. Haced que entre el preso. (Al oficial.) Vos me habeis engañado. (A Bonacieux.)

BONACIEUX. Yo monseñor.... ¡yo engañar á su eminencia!

CARDENAL. Cuando vuestra muger iba á la calle de Vaugirard y á la de La-Harpe, no era por visitar á ningun mercader de telas.

BONACIEUX. ¡Pues á qué iba, Dios mio!

CARDENAL. Iba á ver á la duquesa de Chevreuse y al duque de Buckingham, á los enemigos mas encarnizados que tiene el rey.

BONACIEUX. Si, si, esto es, vuestra eminencia tiene razon. Muchas veces he dicho á mi muger que me sorprendia que unos comerciantes de telas, habitasen en casas que no tenian muestras.... y mi muger se echaba á reír!... ¡Ah! monseñor, ¡ah! como se conoce que sois el cardenal, el gran cardenal, el hombre de genio que admira la Europa.... y.... (Se arrodilla á sus pies.)

CARDENAL. (Despues de haber reflexionado.) Levantaos, amigo mio, sois un hombre leal. (Le da lamano.)

BONACIEUX. ¡El cardenal me ha tocado la mano! yo he tocado la mano del grande hombre.... ¡el grande hombre me llama su amigo! (Aparte.)

CARDENAL. Si, amigo mio, y como han recaido sobre vos injustas sospechas, es preciso indemnizaros. Tomad, tomad esas cien pistolas y perdonadme.

BONACIEUX. ¿Qué os perdona, monseñor? pues no sois dueño de hacerme prender, y conducirme á un calabozo, de ponerme en el tormento, de ahorcarme!... ¡yo perdonaros señor! vamo, no penseis en eso.

CARDENAL. Adios, pues, y hasta mas ver: espero que nos veamos.



CRTEGA

El cardenal Richelieu.

BONACIEUX. ¡Oh! ¡cuando monseñor quiera! (Vase.)

CARDENAL. (Aparte.) Hé ahí un hombre que en adelante se hará matar por mí.... ¿Sois vos, Rochefort? y bien..



## ESCENA IX.

EL CARDENAL.—ROCHEFORT.

ROCHEFORT. Habían partido, monseñor.

CARDENAL. El uno por el camino de Tours y el otro por el de Boloña, me lo figuro... ¡Ah! En Londres nos veremos, milord de Buckingham.

ROCHEFORT. ¿Su eminencia tiene algo que prevenirme?

CARDENAL. Que no se hable una palabra de lo que

CARDENAL. Perdonad, señor, ¿a dónde va V. M.?

REY. Voy a ver a la reina.

CARDENAL. Es que tenía que decir a V. M. algunas palabras más.

REY. Hablad luego.

CARDENAL. El duque ha estado en París.

REY. ¿Qué duque?

CARDENAL. El de Buckingham.

REY. ¡El duque de Buckingham!... ¿qué ha venido a hacer aquí?

CARDENAL.

Ha venido (con ironía,) para conspirar sin duda con los españoles y hugonotes, para preparar esa formidable expedición de la Rochela.

REY. No; ha venido a conspirar contra mi honor.

CARDENAL. V. M. dice eso después de lo que cuenta madama de Lanoy.

REY. ¿Qué dice?

CARDENAL. Madama de Lanoy, ha dicho que la reina había velado hasta muy tarde de la noche y que esta mañana ha llorado mucho al escribir una carta.

REY. ¡Ha llorado... ha escrito!... ¿Pero esas cartas sabéis si han ido ya a su destino?

CARDENAL. No es probable, señor, madama de Lanoy me lo hubiera dicho.

REY. Es preciso conseguir esas cartas.

CARDENAL. ¡Señor!

REY. En cuanto a ese inglés, en cuanto a ese infame duque de Buckingham, ¿por qué no le habeis hecho arrestar?

CARDENAL. ¡Arrestar al duque, al primer ministro del rey Carlos I! ¿lo habeis pensado, señor?

REY. Bien: en lugar de arrestarlo, ya que se presentaba como un espía... hubiera convenido...

CARDENAL. ¿Qué, señor? (Con viveza.)

REY. Nada... nada... señor duque, os repito que quiero ver esas cartas; lo quiero.

CARDENAL. Semejante misión, embarazaría mucho a todos los vasallos de V. M., porque si el rey dice por ejemplo «lo mando», la reina puede contestar «no obedezco».

REY. Veamos si me obedece a mí. (Llama.) Decid a la reina que la suplico que venga. (Sale el ugi.)

CARDENAL. Me retiro.

REY. No os alejéis... ¡ah! El gran canciller trabaja en mi gabinete... decidle que venga. (El cardenal sale y al paso saluda a la reina.)

## ESCENA XI.

EL REY.—LA REINA.

REINA. (Aparte.) ¡El cardenal! ¡Dios mío! ¿V. M. me ha hecho el honor de llamarme?

REY. Si señora.

REINA. Espero las órdenes de V. M.

REY. Menos respeto y mas franqueza, señora. ¿A qué ha venido madama de Chevreuse a París?

REINA. ¡Cielos!... ¡madama de Chevreuse se!... (Aparte.) No sabía nada, señor.

REY. ¿Por qué habeis velado esta noche pasada?

REINA. ¡Me siento morir! (Aparte.)

REY. ¿A quién habeis escrito esta mañana?... ¿por quién habeis llorado?

REINA. Os aseguro, señor...

REY. ¿A quién habeis escrito? pronto, decidmelo.

REINA. Señor.

REY. Esa carta no ha marchado todavía a su destino, ¿dónde está? yo la quiero.

REINA. V. M. no se ha casado con una princesa de mi nombre para hacerla su esclava.

REY. ¿Os rebeláis?... Bien, eso me gusta mas que vuestro hipócrita respeto... venga esa carta.

REINA. Lo que yo escribo... me pertenece a mí sola.

REY. Lo que vos escribis es de vuestro rey, de vuestro señor... ¿quereis darme esa carta?

REINA. Meditadlo, señor.

## ESCENA XII.

LOS MISMOS.—EL CANCELLER.

REY. ¡Ah! entrad, señor canciller. (A la reina.) Os negais todavía, señora.

REINA. Si.

REY. Por última vez.

REINA. ¡Oh! nunca.

REY. Canciller, sois el primer magistrado de mi reino: conocéis cuáles son los crímenes de traición y de lesa magestad y vais a entrar en la cámara de la reina, a hacer un minucioso reconocimiento de todos sus papeles.

REINA. ¡Qué infamia!

REY. Las llaves, señora.

REINA. El señor canciller puede pedírselas a mi camarista.

REY. Marchad.

## ESCENA XIII.

EL REY.—LA REINA.

REY. ¡Oh! estais muy tranquila, señora, demasiado soberbia; sabéis que el canciller no encontrará nada entre vuestros muebles, porque no se dejan abandonadas así como quiera cartas del género de la que habeis escrito.

REINA. ¿Qué quereis decir, señor?

REY. Que cuando mandé castigar a ese villano rebelde, llamado el mariscal de Ancre, sabía muy bien que no había de poder encontrar la prueba de sus crímenes en casa de su muger, porque ella las llevaba consigo.



Escena XIII.—El rey y la reina.

REINA. La mariscala de Ancre, no era mas que la mariscala de Ancre, una aventurera florentina; la esposa de V. M. se llama Ana de Austria, hija de reyes, y es la princesa mas grande del mundo.



El canciller

REY. Pero no por eso deja de ser Ana de Austria me los culpable que los demás. (Dando un paso hacia ella.) Dadme esa carta.



REINA. ¿Me pondreis en el caso de recurrir á mi hermano?

REY. Tengo ejércitos para contestarle. ¡Esa carta!

REINA. Mirad que voy á apelar al honor de los caballeros franceses.

REY. Podriais pensar un poco mas en el mio. Esa carta os digo... vos la ocultais, vos la escondéis entre vuestros vestidos... dádmela.

REINA. Señor.

REY. Dádmela ó la tomo á la fuerza.

REINA. Quiero dispensaros á vos de esa ignominia, señor, y á mi de semejante afrenta.... Si, teneis razon he escrito una carta.

REY. ¡Ah! ¿lo confesais al fin?

REINA. Pero esa carta no la encontrará el canciller, porque la llevo entre mis vestidos, como vos decís ¿la quereis?

REY. Si, la quiero.

REINA. (Sacando una carta de la escarcela.) Ahí, la teneis. (Se sienta fatigada en un sillón.)

REY. (Abriéndola con precipitación.) «Hermano mio.» (Aparte.) Escribe al rey de España. «Las quejas contra el cardenal van en aumento, sería conveniente una liga entre España y Austria, que tuviese por objeto la caída del ministro.»

#### ESCENA XIV.

LOS MISMOS.—EL CARDENAL.

CARDENAL. ¿Habla de politica, no es esto señor?

REY. Si duque, nada mas que de politica, ni una sola palabra de lo que yo creia. ¡Dios sea loado! Tomad.

CARDENAL. (Leyendo.) Me parece que tuve el honor de decir á V. M. que estaba seguro...

REY. No importa: aquí hay complot contra vos, y la reina no merece menos mi cólera.

CARDENAL. ¡Oh! señor. La reina es mi enemiga, es verdad, pero es una esposa sumisa é irreproachable. Permittedme, señor, que interceda por ella.

REINA. ¿Qué está diciendo?

CARDENAL. Vos debeis dar el primer paso hácia la reconciliación, porque sois el que ha tenido la culpa, porque sois vos el que ha sospechado de la reina: porque es V. M. el que ha promovido este escándalo.

REY. Y bien ¿qué quereis que haga?

CARDENAL. Cualquiera cosa que sea agradable á su magestad la reina, una cosa que pueda servirle de distracción y de reparación al mismo tiempo.... dad, por ejemplo, un baile.... y si quereis, los regidores de nuestra villa de Paris, van á dar una fiesta dentro de pocos dias, y tendrán á grande honor el que concurran á ella VV. MM.

REY. ¿Cuándo decís que será esa fiesta?

CARDENAL. Dentro de cuatro dias; yo creo, señor, que con eso dais un gran motivo de alegría á vuestros vasallos, al mismo tiempo que ofreceis á la reina la mas bella ocasion de lucir sus hermosos herretes de diamantes.

REINA. ¡Oh Dios mio! (Aparte.)

REY. Teneis razon, duque, teneis razon... vos aceptais, señora, ¿no es esto?

CARDENAL. (En voz baja al rey.) Insista V. M. en que la reina lleve sus herretes. (Sale.)

REY. ¿Qué querrá decir? ¿si me reservará todavía alguna de sus terribles sorpresas? (A la reina.) No me habeis dicho si aceptais ó no, señora....

REINA. Si, señor, acepto.

REY. ¿Os presentareis en ese baile?

REINA. Si.

REY. ¿Con los herretes?

REINA. Si.

REY. Bien, cuento con ello: adios, señora. (Salen.)

REINA. ¡Estoy perdida!

#### ESCENA XV.

LA REINA.—MAD. BONACIEUX.

MAD. BONACIEUX. ¿No puedo yo hacer nada por mi reina?

REINA. ¡Tú! ¡tú!

MAD. BONACIEUX. ¡Oh! yo os pertenezco en cuerpo y alma, y aunque parezca extraño, tal vez encuentre un medio de salvar á V. M.

REINA. Me hacen traición por todas partes.... ¡Oh! ¡estoy vendida! ¡estoy perdida!

MAD. BONACIEUX. Esos herretes que el rey os pide...

REINA. ¿Cómo, sabes tú?...

MAD. BONACIEUX. Lo he oido todo.... esos herretes estaban guardados en un cofrecito de palo de rosa.

REINA. Si.

MAD. BONACIEUX. Y ese cofrecito.... se halla ahora en poder del duque de Buckingham.

REINA. ¡Silencio! ¡silencio!

MAD. BONACIEUX. Es preciso conseguirlo á toda costa.

REINA. ¿Pero cómo?

MAD. BONACIEUX. Enviando un mensajero al duque.

REINA. ¿Quién? ¿quién? ¡Dios mio!

MAD. BONACIEUX. ¿Teneis confianza en mí, señora? Pues si me haceis ese honor, yo os ofrezco un mensajero.

REINA. ¡Oh! si es cierto, me salvas el honor y la vida.

MAD. BONACIEUX. Pero se necesitarán algunas líneas de vuestra mano, para que el duque entregue los herretes.

REINA. ¡Ah! ¡Dios mio! ¿y si las sorprendiesen? (Vacila, se acerca á la mesa y escribe mientras la Bonacieux escucha á todas las puertas.) Toma.

MAD. BONACIEUX. Está bien, señora.

REINA. ¿Pero y si detienen á tu mensajero, y si, le atacan y no llega á tiempo?

MAD. BONACIEUX. El que yo enviaré, señora, cuando le detienen pasa, cuando le atacan mata.... ¡Oh! ¡ya vereis!.... adios.... señora.... adios.... (Salen.)

FIN DEL CUADRO OCTAVO.

### POR TÍ.

NOVELA ORIGINAL.

#### CAPITULO I.

Una conversacion comm' il faut, y lo demás que verá el curioso lector.

—¡Diabolo! ¡diabolo! para subir á tu habitación se necesita mas valor que para apoderarse de una batería. ¿Cómo te se ha ocurrido irte á vivir junto á los dioses del Olimpo?

—¿Qué quieres, Arturo, no todos somos capitalistas como tú y podemos obrar siempre segun nos acomoda.

—¡Oh! mio caro, esas son excusas y no mas; por que si atribuyes á falta de dinero el habitar esta miserable bohardilla, ya sabes que mi bolsa es siempre de mis amigos, y creo que tú te puedes contar entre estos.

—Ya lo sé, y te agradezco tus intenciones, pero ya sabes que los poetas buenos y malos tenemos orgullo en la pobreza y no habrás olvidado mis pretensiones literarias.

—No por cierto. Y á propósito, ¿qué es lo que escribes? ¿no has publicado nada? Haces mal; yo en tu caso haria mi debut en el mundo literario con un drama romántico de grande espectáculo en seis actos y veinte cuadros con variedad de metros, y....

—Basta, basta, amigo; en materias de corridas de caballos, de bailes y bailarinas, puedes hablar con conocimiento de causa, en literatura... Vas á hacer fiasco y no lo puedo permitir.

—Yo que tuteo á Zorrilla y á García Gutierrez, que conozco á todas las modernas lumbreras de las letras españolas; que hablo en el taller de Esquivel y de Madrazo de dianidad de tintas, de composición y colorido; que en el teatro del Circo doy la mano al empresario, y el brazo á la Fuoco y á la Guy; no he de estar enterado de literatura y bellas artes? Desengáñate moncher ami, el negar mi voto en estas materias es lo mismo que negar que los astrólogos adivinan el porvenir.

—Siempre tienes un humor original, y es una fortuna para ti y para los que están á tu lado.

—El mundo comedia es, y lo mejor que puede uno hacer es reir y no pensar. Pero veo muchos papeles sobre esa mesa, y abusando de tu amistad voy á enterarme de su contenido.

Arturo se puso á hojear todos los escritos; poco despues volviéndose á su amigo, exclamó riéndose:

—¡Ah! ¡ah! ¡tú estás enamorado. No lo extraño eres poeta, voila loco. ¿A que has encontrado una celestial criatura, un ángel de belleza que

es una perla escondida entre las algas del mar,

á quien adoras con todo tu corazon, y de quien eres correspondido con igual ternura.

—Que hayas encontrado algunas palabras de amor entre mis papeles nada prueba, serán capitulos sueltos de alguna novela ú otro escrito de este género.

—Mucho podria contestarte, Salvador, á lo que has dicho; pero quiero apelar á tu franqueza, y cuenta que el no decir la verdad es indigno de un gentleman castellano que presume poseer las virtudes de los paladines de la moyer age.

—Y bien, nada tendria de particular que fueran ciertas tus suposiciones.

—Eso lo acabo de decir yo. ¿No quieres confesar tus amores? cállalos en buen hora. Muy feliz serás cuando ocultas en el fondo de tu pecho la pasión que te consume; pero recuerda bien estas palabras: conservar el cariño de una muger es tan difícil como aprisionar entre los dedos el agua de un impetuoso torrente.

—Muy desesperadas son tus ideas.

—Son hijas del desengaño; para mí en el mundo moral nada hay cierto; amistad y odio, sabiduría é ignorancia, son palabras sinónimas que nada dicen ni significan. Siento haber venido á este terreno porque temo que el spleen se apodere de mi espíritu; así, pues, te dejo; voy á dar el pésame á una señora por la muerte de su marido, acontecimiento que estoy seguro que mas la sirve de satisfacción que de sentimiento y despues á charlar un poco con mis amigos de la brillante soirée de la condesa de X\*\*\* Adios, Salvador, te deseo felicidad en tus amorosas empresas.

—Adios, Arturo, y cuando vuelvas á verme no hables de la manera que hoy lo has hecho porque tus palabras marchitarán mis ilusiones; soy poeta ó pretendo serlo, y un poeta sin ilusiones es una flor inodora, es un cristal sin transparencia.

Tenia lugar la conversacion que dejamos transcrita en una pequeña habitación de la calle del Clavel de la muy heroica y coronada villa de Madrid. La descripción del cuarto merece párrafo aparte y la competente licencia de la bella lectora ó amable lector que á este punto de nuestra narracion llegare.

Era una sala rectangular de diez y seis pies de longitud por catorce de latitud; en una de sus paredes mas largas habia dos puertas la una que servia de entrada, y la otra que daba paso á una alcoba modestamente alhajada. En el centro del lienzo de pared frontero al que hemos mencionado habia un balcon en el cual se veian varios tiestos y macetas de hermosas y exóticas flores. Tanto este balcon como las puertas estaban adornadas de colgaduras y pabellones de damasco verde que en sus primeros tiempos, por su riqueza y buen gusto, podian haber figurado en una morada régia, pero que en la actualidad daban claras muestras de que todo envejece en este picaresco mundo. Dos estantes llenos de libros de literatura, novelas y poesias, un sillón en medio con una mesa de estudio delante, sobre la cual se veian confundidos multitud de periódicos, manuscritos y cartas, ocupaban uno de los costados de la habitación; en el otro, varias sillas de nogal con asiento de terciopelo negro, compañeras en antigüedad de las colgaduras y pabellones, llenaban la parte inferior y en el centro habia colgada una panoplia en la cual estaban simétricamente arreglados varios floretes, sables y pistolas.

Entre las dos puertas que dejamos hecha mencion habia un singular cuadro en que felizmente para Salvador no reparó su descreido amigo Arturo. Una gasa blanca como el ampo de la nieve impedia el examen de aquella misteriosa pintura. Nosotros á fuer de minuciosos historiadores atravesaremos con el pensamiento este levisimo estorbo y diremos lo que detrás de él se ocultaba. Era un pequeño paisaje que representaba unas gigantescas montañas, un ave de especie desconocida atravesaba el espacio salvando las mas elevadas cumbres y volando con rapidez hácia un confuso y lejano horizonte que en lontananza se distinguia; por bajo habia escrito con caracteres dorados estas sencillas palabras: Por tí ¿Qué queria decir esta breve inscripcion? Tal vez encerraba un mundo de recuerdos, tal vez era solo un capricho de poeta.

#### CAPITULO II.

Las calles de Madrid, la iglesia de San Luis y ciertos ensueños de la primavera de la vida.

Madrid, á las seis de la tarde de un hermoso dia de junio del año de 184.... era un cuadro que suministraria largas páginas á la observadora pluma del Curioso Parlante, y que inspiraria no pocos sarcásticos pensamientos al malogrado autor de El Doncel de don Enrique el Doliente.

Todo es animacion y bullicio. Los tenderos quitan las cortinas que durante la mañana les han librado de los ardorosos rayos del astro del dia, y riegan la parte de acera que ocupan sus puertas, no sin grave daño de los elegantes vestidos de las señoras, que á los paseos se dirigen. Multitud de coches de varias formas y mugnitudes se cruzan en todos sentidos y direcciones. Mirad aquel lijero tilburi, ocupado por un jóven cuyos grandes y expresivos ojos destellan orgullo y dignidad; preguntadle cómo ha cambiado el roto frac de pretendiente por ese lujo fastuoso, y le vereis palidecer y callar. ¡Misterios de la corte!

Mas allá se ve una aristocrática carretela, dos arrogantes yeguas de Mecklemburgo forman el tiro, los lacayos visten librea azul celeste, y en sus blasonados cuellos se distinguen las armas de los duques de R.... la encantadora Enriqueta ocupa el interior del carruaje acompañada de su mamá y de su futuro esposo el fatuo hijo del marqués de Florverde. A estos carruages, sigue el modesto landó del médico, el charolado tres por ciento del bolsista, el antiquísimo y proverbial simon, y por último el popular coche de colleras, cuyos sonoros cascabeles y campanillas parece que nos gritan ¡los toros! ¡los toros!

Multitud de amazonas y ginetes, montados los unos segun el airoso figurin de los hijos de Albion, y los otros siguiendo la atrasada escuela que usaron nuestros abuelos, caracolean y lucen su habilidad lujosa, causando no pocos sustos á alguna vieja contemporánea de Godoy.

Se abren las persianas de los balcones, y aparece algun pacifico ciudadano que se frota los ojos en señal de que acaba de dormir la siesta, ó alguna muchacha de pocos años, pero de muchos encantos, que dirige sus miradas á cierta esquina á ver si su amartelado Adonis está ya en espera, hacerse despues el encontradizo cuando salga con su familia y de este modo, entre los pintorescos paseos del Buen-Retiro ó en el confuso gentio del Salon del Prado entablar una de esas conversaciones que forman nuestra dicha cuando tenemos diez y ocho años, nuestro entretenimiento á los veinte y seis, y que á los treinta y cuatro nos haslian.

Y sin embargo de que tan mundanos pensamientos ocupaban la mente de los habitantes de Madrid, no faltaba, no, quien mas religioso ó acaso mas desgraciado, penetraba en uno de los templos del Altísimo y conservaba un recuerdo al autor de la creacion.

La iglesia de San Luis estaba abierta. Un jóven atraviesa el cancel y penetra en su interior. A la cierta luz de una lámpara, podemos reconocer á nues-



tro Salvador de Lazan. Detiénese enfrente de una capilla, apóyase en la verja y dirige sus miradas por todo el ámbito del templo. Alguna que otra persona oraba puesta de rodillas con religioso fervor; ni el mas leve ruido llegaba á los oídos de nuestro héroe. Aquel silencio, aquella soledad, tenían algo de misterioso, algo de sublime. Salvador se conmovió hondamente, con una de esas sensaciones internas que á manera del magnetismo estremecen nuestra naturaleza hasta sus últimas ocultas fibras. Entonces elevó sus ojos al cielo y formuló en su corazón una de esas oraciones que no bastarían largas páginas para expresar, y que sin embargo quedan dichas con una sola palabra que pronuncian nuestros labios. Esta palabra encierra nuestras esperanzas y nuestros deseos, nuestras creencias y nuestros desengaños.

Pocos momentos después se hallaba en la calle. Atravesó con ligero paso la Puerta del Sol, tomó la Carrera de San Jerónimo, y después de cruzar tres ó cuatro calles mas dió fondo en un piso segundo de cierta casa cuyas señas llamamos por razones que seria prolijo enumerar.

Sentada lánguidamente en un mullido sofá, se ve una joven de quince á diez y seis años. Rubio y sedoso el cabello, cae formando bucles que adornan el ovalado contorno de su bellísima fisonomía. Sus claros y serenos ojos azules destellan miradas tiernas y melancólicas como el recuerdo del placer perdido; en su pequeña boca, ligeramente plegada, se nota un sello de bondadosa dulzura imposible de desconocer. Su nivel cutis, su menudo pie, su esbelto talle, su torneada y aristocrática mano completan sus encantos. Pura, fantástica, hechicera, parece una virgen del Norte, una vagorosa evocación de la hada de los lagos; falta un Walter-Scott que la describa dignamente.

Dos ó tres veces ha vuelto la cabeza con muestras de infantil desagrado. Por último se abre la puerta de la sala y aparece un criado anunciando al señor don Salvador de Lazan.

—Te esperaba con impaciencia, dice la joven tendiendo la mano á Lazan, temia que hoy que estoy sola tuvieses alguna ocupación que te impidiese venir.

—¿Y á qué debo el placer de poderte hablar con libertad?

—Mi mamá ha salido á dos ó tres visitas, y he logrado escusarme de acompañarla diciéndole que estoy indisputada. Tu amor me hace ser mentirosa.

—Y á mí el tuyo, Fanny, me hace el mas feliz de los mortales.

—Engañoso, qué bien finges un cariño que no me tienes!

—¿Que no te quiero, bien mio! Mira, por tí paso las noches en vela sobre un antiguo y carcomido volumen; por tí trabajo y escribo, tu retrato está repetido en todas mis novelas, en todas mis obras, y cuando la fatiga y el cansancio cierran mis párpados, fijo mi vista en un pequeño cuadro que hay en mi gabinete, y represento un ave que atraviesa el espacio en direccion de un lejano horizonte; debajo hay escritas estas sencillas frases: *Por tí: aquella inscripción me da nuevo vigor, y emprendo mi suspendida ocupación.*

—Te creo, Salvador mio; sé muy bien que me amas; si llegase á pensar lo contrario seria muy desgraciada.

Y al decir esto una lágrima brilló en la megilla de la linda niña: Lazan tomó una de sus manos é imprimiéndole en ella un ardiente beso exclamó con creciente entusiasmo.

—Si, si, Fanny, te adoro, te idolatro; mi amor es infinito, pero como inspirado por un ángel, por un ángel de belleza. ¡Ah! ¡pluguiese al cielo que pudieras ver hasta el fondo de mi alma, y contemplar hasta donde llega mi pasión, entonces me amarias, porque es imposible que permanecieses indiferente á la inmensa ternura que por tí siento. Si me pidieses el sacrificio de mi vida, te lo concedería gustoso porque á tí nada puedo negarte.

La joven escuchaba con placentera sonrisa las apasionadas frases de Salvador, por último contestó con acento tierno y vibrante.

—Amigo mio, ya sabes los obstáculos que se oponen á nuestra unión, la mayor prueba que puedes darme de cariño es vencerlos pronto, pues en tu mano está.

—Si, amada mia, redoblaré mis esfuerzos, te lo juro. Laura inspiró al Petrarca sus fáciles y armoniosos versos. Torcuato Tasso escribió su Jerusalén pensando en la bella Leonor de Este; pues bien, yo pensaré en la encantadora Fanny, y si no acierto á expresar tan sublimes conceptos como aquellos celebrados ingenios, por lo menos todo lo bello que en mis composiciones se advierte, será debido á tí, los defectos serán míos.

—Mira, Salvador, cuán dulce es el porvenir que nos espera. Unidos cruzaremos este mundo falaz y engañoso; tus penas serán mías, mis alegrías tuyas, jamás mas ligera nube oscurecerá el cielo de nuestra felicidad; tú serás siempre el hombre de corazón noble y franco, que mil veces soñé en mis ilusorios desvarios; y la débil mujer destinada á sostener la cabeza del poeta, agoviada bajo el peso de mil dolorosos desengaños.

—¡Ah! no me embriague con doradas ilusiones, que por desgracia están lejos de la realidad. ¿Mas qué digo? ¿Por qué desconfiar? Tal vez no esté lejano el día en que quedará llamarte mia. Y al decir esto Salvador estrechó con efusión las manos de su amada.

¿Mas qué mucho? Era esa hora media entre la noche y el día, hora poética y misteriosa, vaga y melancólica. Los balcones de la habitación estaban abiertos, y varias flores que en ellos se veían embalsamaban el ambiente con sus gratos suavísimos perfumes.

Después de mil y mil protestas y juramentos se separaron nuestros dos felices amantes. ¡Afortunados seres cuyos vírgenes pensamientos les presenta el amor como el término de la dicha humana! ¡Quiera el cielo que no se rompa jamás el brillante prisma de vuestros fantásticos ensueños!

## CAPITULO III.

*En que se habla un poco de amor y de literatura.*

¿Sabeis lo que se llama amor en el siglo XIX? Pues bien, vamos á explicarlo. Suponed un joven barbiraso, fátuo en grado heroico y eminente, y vestido segun el último figurin venido de la ciudad que baña el Tamesis ó el Sena; nuestro héroe asiste á un baile dado por la condesa de M.... ó la baronesa de H.... vé á una de esas niñas que tanto abundan en la sociedad madrileña, que á los quince años han escuchado cincuenta declaraciones, y que á los veinte.... pero detengamos nuestra pluma, pues marchamos por un terreno asaz resbaladizo. Bailan juntos una redowa, la candorosa doncella y el emprendedor mancebo; bien pronto se entabla una de esas conversaciones que por antonomasia se llaman interesantes; el uno habla por pasar el tiempo, la otra escucha por especulación, coquetismo ú otras causas que llamamos. Estas relaciones duran una semana, un mes, acaso mas, después unas veces sin causa, otras el mas leve disgusto, viene á marchitar y dar muerte á las tempranas flores que comenzaban á brotar en el pensil de los amores.

Así, pues, si dijésemos que Salvador de Lazan estaba locamente enamorado de Fanny, no faltaria algun lector que viese en nuestras palabras uno de esos amores sociales que hemos intentado describir. Para evitar este error daremos algunos antecedentes acerca de los dos personajes que figuran en primer término en esta verídica historia.

Fanny de Mendoza era huérfana de padre; este al morir habia dejado algunos bienes, lo cual unido á la viudedad que correspondia á su muger por varios destinos diplomáticos que habia desempeñado, permitian cierta holgura á la familia de la linda joven. Salvador de Lazan habia conocido á la habia amado con ese frenesí que solo se siente una vez, con ese cariño que diviniza al objeto amado y le rinde mas que adoración idolatria.

Una experiencia sobrado dolorosa nos ha convencido de una amarga verdad que vamos á consignar si quiera se nos tache de pesados y difusos narradores. Parece que Dios ha colocado una cantidad dada de ternura en dos corazones que se aman, de este modo, cuando encierra el uno mil tesoros de pura y ardorosa pasión, hállese el otro frio é indiferente á sus amorosos trasportes. Fanny y Salvador eran una escepcion de lo que acabamos de decir; adorábanse con ese amor que ha hecho exclamar al autor de Sancho Saldaña:

¡Oh llama santa! ¡celestial consuelo  
Sentimiento purísimo! memoria  
Acaso triste de un perdido cielo,  
¡Quizá esperanza de futura gloria!

Sin embargo, grandes obstáculos se oponían á la unión de los jóvenes amantes. Salvador no tenia ninguna carrera ni bienes de fortuna. Empero no por esto se abatió su espíritu, tenia fé y entusiasmo y con estas palabras creíase capaz de conmovier el mundo entero. Dedicóse á la literatura. Bien pronto apareció su nombre en todos los periódicos de mayor valer de aquellos dias; mas esto no le proporcionaba sino un medio de subsistir estrechamente é innumerables felicitaciones. En las altas horas de la noche velaba en su habitación nuestro héroe: su pluma corria sobre el papel ora con asombrosa rapidez, ora tarda y perezosamente. ¡Cuántas ideas asaltaban á su imaginación en aquellas vigiliás dulces al par que melancólicas! Llegaba á sus oídos el estrepitoso rodar del coche del ministro, que se dirigia á Palacio ó á reunirse con sus compañeros para deliberar acerca de la votación perdida aquella mañana en el congreso ó sobre las últimas noticias venidas de Inglaterra ó de Francia, de Rusia ó de Turquía. Después todo quedaba en silencio; venia á interrumpirle el agorero aullido del perro que columbraba el odiado farolillo del traperero y el sonoro grito del sereno que cantaba acompasadamente: *las tres y nublado.* ¡Qué varias sensaciones experimentaba el alma de Salvador! Asistía á las discusiones de los consejeros de la corona; creía ver el romántico puñal de la edad media amenazando el pecho del noble paladin que atravesaba la campiña confiando en la protección de su Dios, de su dama y de su brazo; y después descendiendo á pensamientos mas verdaderos y exactos consideraba que en esas horas se fraguaban las jugadas de bolsa sobre seguro, los nombramientos sin méritos del agraciado, las contrataciones sin subasta, y otros cien manejos que prueban hasta la evidencia la acendrada moralidad del siglo en que vivimos.

Tal vez cansado un momento cesaba en su trabajo, pero bien pronto lo emprendía de nuevo. ¡Es tan dulce dedicar nuestras acciones á un objeto amado! Salvador consagraba su pensamiento á Fanny, porque en Fanny encontraba el bello ideal de la mujer que todo

poeta forma en esos deliciosos ensueños en que el espíritu triunfa de la materia, en que el corazón manda y la cabeza obedece, en que el cielo permite que una chispa sagrada alumbré nuestra débil y menguada razón. Si, Fanny reunía la amabilidad de un ángel y el candor de una virgen, un corazón puro, tierno y ardiente y un talento claro y despejado, dotado de ese instinto de lo bello y de lo justo tan poco comun como mal apreciado. Si copiar los encantos de su rostro seria harto difícil al pincel de Murillo ó Rafael, el manifestar todas las perfecciones de su alma fuera tarea de todo punto imposible aun á mejor cortada pluma que la que escribe estos renglones.

El tiempo pasaba velozmente. Los primeros deseos laureles comenzaban á ceñir la frente de Salvador. Aconsejaronle sus amigos que se dedicase al ingrato afán de la política como medio de llegar á la cumbre de la cortesana fortuna: empero Salvador tenia un ánimo sobrado noble y activo para vender su pluma á ningún gobierno ni ambiciosa bandería. Escribió sí, mas sus artículos francos é independientes atragaronle la animadversión de todos los partidos; y no pocas veces tuvo que mantener espada en mano sus asertos y sus creencias. ¡Inconvenientes de decir la verdad en el siglo de la libertad de imprenta!

Sin embargo, la fama literaria de Lazan habia llegado á ese punto en que los autores y editores regalan un ejemplar de sus obras, en que el empresario de teatros envía un billete del drama nuevo proximo á representarse, y el novel bardo, futuro competidor de Rioja ó de Ercilla, pide como inestimable favor cuatro líneas de prólogo para color al frente de sus primeras poesías. Su reconocido valor, notoria independencia y vida un tanto escéntrica, dábanle un distinguido lugar en la sociedad madrileña, de suyo novelera y un tanto chismosa.

Arrullado por el aura de los sonoros aplausos, amante correspondido de una celestial criatura; cuán dulce y prontamente corrían los dias de nuestro héroe! En las plácidas tranquilas noches del verano sentado junto á Fanny se deslizaban las horas con esa maravillosa rapidez que mas de una vez nos ha hecho creer que,

siglos dura el sufrimiento  
y minutos el placer.

¡Ah! porque no podremos describir segun se nos presenta aquellas tiernas y apasionadas escenas en que el poeta reclinaba su cabeza entre las marfileas manos de la virgen que embebecida en esas palabras que pronuncian los labios sin formular la cabeza esos proyectos de amor sin celos de confianzas sin recriminaciones, de.... ¿Pero por qué recargar nuestro relato? Aquel que haya amado y sentido comprenderá nuestras ideas; el que no, vanamente leerá nuestras frases que ni acertará á explicar ni á entender.

## CAPITULO IV.

*En que se hace ver los inconvenientes de pronunciar nombres propios en los cafés y delante de desconocidos.*

En la renombrada calle de Alcalá, esquina á la de Peligros, hay una casa de moderna y de elegante construcción, cuya planta inferior ocupa un establecimiento que tiene sobre sus puertas la siguiente inscripción que copiamos literalmente: CAFE SUIZO DE MATOSI FANCONI Y COMPAÑIA. Aquí conduciremos al lector á las ocho de la noche de un lluvioso dia de diciembre y dirigiendo una mirada á nuestro alrededor, veremos un local adornado con lujo y gusto, y una concurrencia habladora como una dueña de Quevedo y afrancesada como una traducción barcelonesa. No tardaremos en distinguir al lado de una mesa á nuestros antiguos conocidos. Arturo de Ulloa y Salvador de Lazan. En aquel momento decia el primero con cierta sarcástica sonrisa estas palabras de amistosa reconvencción:

—¿Con que al fin te casas, te hundes? Tú, el poeta escéntrico, el novelista caballeresco, querido de las *jeunes filles* y mirado con envidia de los *lions y dandys*.

—Si tú amaras como yo, y estuvieses en mi caso, harías lo que yo.

—No á fé, ¿sabes el porvenir *charmante* del matrimonio? Perder la libertad de asistir á los *eclatants raouts* sin cuidado ninguno, tener en su casa un batallón de nodrizas y de *petits enfants*, y tal vez, y sin tal vez, sufrir las malignas murmuraciones de las personas de buen tono. Esto si tu muger no es amiga de bailes, costosos trages y galanteos, porque si tal sucediese, valierate mas no haber nacido. Y cuenta que la inmensa mayoría de las hijas de Eva adolecen de los defectos que dejo indicados, y de otros que callo porque no digo.

—Y dí, contestó Salvador con sin igual entusiasmo, ¿comprendes los inefables goces de vivir siempre al lado de una persona amada, de aspirar su embalsamado aliento, de beber en sus purpúreos labios el primer virginal beso, de sentir, pensar, y obrar como ella siente, piensa y obra?

—Mira, déjate de delirios. *Per troppo variar natura é bella*, por lo cual para seguir esta maxima, voy á emprender un viaje, vente conmigo; visitaremos el bullicioso París y admiraremos el *esprit* francés; atravesaremos la Inglaterra, y oiremos cantar el *God save the king*; tal vez lleguemos á la vieja Alemania cuyos cha-



teaux de campo encierran tantas leyendas del género *chvarmevisch*; recorreremos despues la patria de Ariosto y Miguel Angel, y cuando volvamos la echaremos de *diletantes* y hablaremos *sotto voce* de spartittos y *tessitura*, prodigando *bravos* á diestro y siniestro.

A este punto llegaban de su conversacion Salvador y su poliglota amigo, cuando fueron interrumpidos por dos caballeros jóvenes que tomando sillas, fueron á sentarse sin mas ceremonia en rededor de la mesa.

—Querido Arturo, exclamó el uno, vengo arruinado, acabo de perder en el *ecarté* diez y ocho onzas en menos de dos horas.

—Disgraciato in juoco, felice in amore, respondió Arturo.

—Es cierto, añadió el otro recién venido, nuestro buen Federico me venia contando su última conquista, y á fé que tiene motivo de estar satisfecho.

—Exageras, Rafael, una niña de diez y siete primaveras, es muy facil de enloquecer, y su mérito no es gran cosa. Si fuera la inocente Emilia que despues de veinte años de galanteos, vino á caer en mis manos; de la seductora Concha de Valleumbrio, cuyo marido pretende tener ojos de Argos, y sin embargo....

—No prosigas, dijo Arturo con jovialidad, porque vas á quitar el honor á todo el bello sexo madrileño; dime quien es la *joli* muchacha que ha indicado Rafael.

—No es historia larga. La vi por primera vez en el *matinée* musical de la señora de Santorcaz, su peinado en *Bandeaux* y la elegancia de su trage de fantasía, gro-moore caña, me arrebataron un momento; me declaré, fui bien contestado, al segundo día obtuve una cita de día, y al tercero fué de noche.

Una carcajada de Arturo y Rafael vino á terminar las frases de Federico, este continuó:

—Tal es, señores, el fiel relato de mis relaciones con la encantadora Fanny de Mendoza.

Al oír este nombre Salvador, palideció y no supo qué decir, hasta que una mirada de Arturo en que se leía esta idea; cree en el amor de las mugeres, que ya recibirás desengaños! vino á sacarle de este penoso estado.

—¿Está vd. seguro, de lo que ha referido? exclamó dirigiéndose á Federico.

—Esa es buena, si á vd. le cabe alguna duda no tiene mas que pasarse por mi casa y allí le enseñaré cartas, pelo y demas zarandajas propias del caso.

—Miente vd., caballero, y al decir esto estampó Laza un fuerte bofetón en la mejilla del intrépido Lovelace.

—Caballero, vd. me dará una satisfaccion de este insulto.

—Si por Dios, y á muerte.

—Arturo, Rafael y otras personas cercanas se interpusieron entre los dos contendientes; estos abandonaron en seguida el café. Poco despues toda la concurrencia hacia comentarios sobre el dramático suceso que acababa de acontecer.

Pretenden ciertos modernos escritores en sus delirios filosóficos arreglar el mundo de modo que se convierta en un nuevo paraíso terrenal. La paz universal, el comunismo y la hermandad de todas las naciones, he aquí las brillantes utopías de Fourier y Prudhon de Cabet y Luis Blanc. Algunos novelistas de esta escuela, han dado en la mas extraña mania que imaginarse puede; culpable es el rico de la embriaguez del jornalero y del robo del pobre, de la prostitucion de la hija del pueblo, y de la vagancia del mendigo, para estas gentes, dice Paul Feval, el pobre es un cordero, el rico es un tigre, y cada vez que uno de estos desgraciados tiene la flaqueza de estrangular á un transeunte en medio de la calle se debería guillotinar un marqués ó quemar un obispo. Segun estos humanitarios filósofos el duelo es un crimen horrible digno de los bárbaros y atrasados tiempos en que la promesa era sagrada; en que Luis XIV en Francia y Felipe IV en España elevaban las letras y las artes al mas alto grado de esplendorosa grandeza; en que el amor, la amistad y la gloria inflamaban mas de un pecho de noble y generoso entusiasmo. Si aquello ya pasó, en cambio la moderna civilizacion nos da caminos de hierro, sociedades anónimas, parlamentos que hablan, pueblos que obran, apóstoles de la comunidad de bienes que se enriquecen, frenólogos, magnetizadores y empiricos y charlatanes de todas clases y condiciones. ¿Pero á donde vamos? ¿Qué es lo que escribimos? Nos dejamos llevar de nuestro humor atrabiliario y formamos un largo capítulo de cargos contra la edad presente sin considerar que acaso no son menos los que se pudieran hacer á los pasados siglos. Nuestra intencion era disculpar el desafío en determinados casos; anudemos, pues, el roto hilo de nuestro discurso.

El duelo es un suplemento obligado á las leyes que no conocen las ofensas hechas al honor; esto ha dicho el eminente cantor de Atala y de René; el religioso autor del Géni del Cristianismo, y estas palabras forman nuestra opinion acerca de tan debatida materia. Y no se nos diga que el honor es una preocupacion mundana ó una frase vacía de sentido, porque si se tratara de destruir todas las preocupaciones, y explicar el significado de las voces que usamos, tal vez no se encontrara nada cierto en el mundo moral á escepcion de las verdades que la fé nos enseña.

Semejantes á las ideas que dejamos espresadas, eran las que abrigaba Salvador de Laza, así, pues, su conciencia estaba tranquila acerca del lance de honor que con Federico tenia pendiente empero su ánimo se hallaba agitado por terribles crueldades desconfianzas.

¿Serian ciertas las palabras de Federico? Ningun motivo habia para dudar de ellas. Estos pensamientos desgarraban el corazón de nuestro héroe, tanto mas cuanto que nunca la mas lijera sospecha habia empañado el claro horizonte de sus amores con la poética Fanny. Sin embargo su imaginacion se negaba á comprender aquella horrible traicion de una muger cuyos labios habian pronunciado tantos juramentos, tantas gratas y consoladoras promesas.

## CAPITULO V.

## Un duelo y sus consecuencias.

Serian las seis de la mañana, cuando en un mismo carruaje se dirigieron á la venta del Espíritu Santo Salvador y Federico, y sus respectivos padrinos Arturo y Rafael. La conversacion durante el camino fué viva y animada. se trató de política, de literatura, de bailes y de teatros. La Fuoco y Guy, la Vargas y la Nena, la Matilde Diez, Romea y Valero, salieron á plaza en compañía de Zorrilla y Narvaez, Sartorius y Rubi. Arturo hizo gala de sus conocimientos en las lenguas extranjeras, pues habiéndose nombrado las carreras de caballos habló de *jokey-club*, *spartimen*, *grooms*, *steeple-chase*, y *gentlemen-riders*. Federico felicitó á Salvador por sus novelas y demas obras, y dijo que sentia haberle conocido de una manera tan poco satisfactoria.

Por último llegaron á la venta del Espíritu Santo, allí se buscó un sitio que estuviese resguardado de las miradas de los curiosos, y encontrado este, se probó el temple de los fletores, pues esta era el arma con que se habia de verificar el duelo. Los padrinos por fórmula trataron de que se reconciliaran los adversarios, y decidimos por fórmula, porque bien convencidos estaban de que aquel lance no se terminaria como otros con un almuerzo en el *restaurant* de Lardy, ó con algunas botellas meros en la tienda de los Andaluces.

Concluidos estos preliminares, Salvador y Federico tomaron los floretes y se colocaron en guardia; pocos momentos despues las estocadas y las paradas se sucedian con una rapidez calculada, tan necesaria para la defensa como para el ataque. Carbonell y Orange hubiesen visto con gusto aquellas sabias combinaciones del arte de la esgrima, que tal auge y estima merece en nuestros días.

Ambos competidores mostraban su destreza; pero Salvador tenia en contra suya una idea fija, que le acosaba y le hacia perder gran parte de su serenidad. Hubo un momento en que recordó que el hombre que tenia delante de si, tal vez habia merecido los favores de aquel ángel cuyo nombre tenia grabado en el pecho; este pensamiento le enardeció de tal modo, que arrojándose sobre su adversario con sin igual ímpetu, estuvo á pique de obtener una completa victoria, y aun logró herirle levemente en un brazo. Pero Federico, aprovechándose hábilmente de esta precipitacion, y tendiéndose á fondo en un momento oportuno, atravesó con una estocada en quinta el costado de Salvador. Este cayó al suelo sin pronunciar un ay. Arturo y Rafael se acercaron para prestarle los primeros perentorios socorros. Algunas vendas traídas de antemano y un poco de emplasto aglutinante sirvió para contener la sangre.

Esta es una *petit* herida que se cura muy pronto con auxilio del *docteur*, dijo Arturo, y trasladando á su amigo al interior del carruaje que habia servido á nuestros personajes para llegar hasta allí, se dirigió lentamente camino de Madrid.

Seis días habian pasado desde que acontecieran los últimos sucesos que dejamos referidos. Todos los recursos de las ciencias médicas habian sido inútiles, la herida de Laza era mortal. Fanny, al saber el estado de su amante, atropellando los humanos respetos, habia corrido hasta el borde de su lecho de muerte. Allí, en aquella alcoba que pronto habia de encerrar un cadáver, medió una escena asaz dura y viva de celos y amorosas reconvenciones. Empero bien pronto se convenció Salvador de la inocencia de su amada. Las palabras de Federico no habian sido mas que uno de esos alardes de libertinage y cinismo que con tanta frecuencia hace nuestra ilustrada juventud. Despues de esta explicacion nuestros dos infortunados amantes se entregaron á todo el fuego de su ardiente intensísima pasion. En su amoroso delirio convinieron en unir sus manos ante el Altísimo, antes que el aliento vital faltase á Salvador.

Si, pensaba Fanny, quiero llamarme su esposa antes que muera, quiero vestir de luto mi cuerpo además de mi alma, quiero llevar su apellido, y poder manifestar á todo el mundo mi profundo dolor y sentimiento. Un anciano sacerdote bendijo la union de los dos jóvenes, y al ver tan acendrado cariño, tan puros y generosos instintos, una lágrima brilló en su cárdena megilla, y sus labios se movieron pidiendo al Todopoderoso mayor ventura para tan nobles corazones.

La tarde del día en que se verificó tan triste desposorio se hallaban sentados al lado del lecho del desgraciado poeta Fanny y Arturo. Todo inspiraba melancólicos pensamientos en aquel sitio. La luz penetraba escasamente por una ventana que daba á un patio, el silencio interrumpido solo por la trabajosa respiracion del enfermo y el ruido de un fuerte aguacero que en aquellos momentos caia, por último, las blancas paredes de la estancia, en la cual no habia mas adornos que un pequeño reclinatorio sobre el cual se veia el Evangelio en triunfo de Olavide, y una imagen del Redentor del mundo y tres ó cuatro sillas de Vitoria, nada

distraía el ánimo, nada alagaba la imaginacion, ¡Ah! la muerte trae consigo un aparato aterrador y siniestro ante su vista tiembla el vil escéptico y cesa la alegría del atolondrado libertino, y hasta aquel desventurado mortal que considera el fin de esta vida como el término de los mil pesares que nos cercan, no puede menos de estremecerse al considerar el mas allá que encierra la tumba.

Los labios de Laza se entreabrieron y haciendo una seña para que se le prestase atencion comenzó con entrecortadas frases á decir de esta suerte:

—Conozco, amigos míos, que mi existencia se acaba.... Si muero en un desafío este fué por defender la honra de una muger idolotrada.... Si hubiese vivido a tu lado, Fanny, hubiera sido demasiado feliz.... Se me de cumplir las palabras divinas.... este mundo es un valle de lágrimas.... Arturo, te exijo que no procures vengar mi muerte.... Adios, amigos queridos, una vida eterna nos espera.... Allí volveremos á reunirnos....

Los sollozos de Fanny, reprimidos hasta entonces no dejaron oír las postreras palabras del moribundo poeta; Arturo la sacó de aquel sitio y en seguida volvió al lado de su amigo.

## EPILOGO.

Aquella misma noche falleció Salvador. Al otro día todos los periódicos anunciaban con profundo dolor este acontecimiento que privaba á la república de las letras de un aventajado ingenio y á los escritores de un compañero querido é ilustrado. Mas á pesar de estos dolores periodísticos, tal vez solo dos personas sentian verdaderamente la muerte de nuestro héroe: Arturo que reconocia en su amigo altas prendas de capacidad y nobleza de alma y Fanny que sabia hasta qué grado habia sido amada de aquel hombre que habia hecho hasta el sacrificio de su vida. ¡Feliz mortal, el que encuentra dos seres que le comprendan!

La bella niña, para valernos de la frase de un poeta moderno, tenia esa tristeza que puso Dios en los corazones predestinados á sufrir el martirio del desengaño; aquella melancolia habitual se aumentó de una manera increíble; y no fué su dolor uno de esos alardes de sentimentalismo de que hacen gala las jóvenes del gran mundo, uno de esos alardes en que cuatro falsos sollozos y algunas *crispaciones* de nervios dan lugar á que en la crónica social se hable de su impresionable espíritu; no, los meses pasaron y jamás la alegría volvió reaparecer en el semblante de Fanny; mil galanes arrojaron á sus plantas pidiendo un deseado si; una sonrisa dulcemente triste fué su única contestacion. Cuando se la veia en los paseos ó en los saraos parecia preocupada y distraída, vestía con notable sencillez, mas de una vez una furtiva lágrima empañaba el brillo de sus azules ojos, cualquiera al verla tan resignada hubiese creído el ángel de la melancolia y del dolor.

Algunos años despues decia Arturo sentando sus favoritas ideas:—Mi regla es general, *d'après nature*, el amor de la muger es tan constante como el vuelo de la mariposa *Cejundant*, Fanny de Mendoza es una escepcion, pero una escepcion *rien* dice, *rien* significa Segovia 20 de marzo de 1851.

FERRIZ VILLEDA.

## ANUNCIO.

## HISTORIA GENERAL DE ESPAÑA.

DESDE LOS TIEMPOS MAS REMOTOS

HASTA NUESTROS DIAS.

POR D. MODESTO LAFUENTE, (FR. GERUNDO).

Se ha repartido el tomo 4.º de esta importantísima obra. Cada tomo consta de 400 páginas en 8.º mayúscula, edicion muy esmerada y correcta, con caracteres nuevos y papel superior. Los tomos se remiten encuadernados á la rústica con una bonita cubierta.

El precio de suscripcion es 24 rs. tomo en Madrid, y 26 en provincia, pagados adelantados. Los suscritores á la BIBLIOTECA POPULAR ECONOMICA, disfrutan por gracia especial una rebaja de CUATRO REALES en tomo, lo mismo en Madrid que en provincia, es decir, que solo pagan 20 y 22 rs.; pero á condicion de que han de hacer el pedido antes de que se repartan los tomos, pues una vez repartidos no se hace á nadie rebaja por ningun concepto.

Está en prensa el tomo 5.º, que se repartirá en junio próximo, y le seguirán los demas, sin otro intervulo que el indispensable para que las operaciones de imprenta se hagan con el debido detenimiento.

Se suscribe en Madrid, en el Gabinete literario, calle del Príncipe, número 25, y en provincia, ultramarinos y el extranjero en casa de los corresponsales del establecimiento de Mellado.

DIRECTOR Y EDITOR, F. DE P. MELLADO.

Establecimiento tipografico, calle de Santa Teresa, núm. 8.